

QUIEN HABLÓ, PAGÓ

COMEDIA FAMOSA POR EL MAESTRO

TIRSO DE MOLINA.

REPRESENTOLA VALDÉS

ÍNDICE

<i>Jornada primera</i>	197
<i>Jornada segunda</i>	225
<i>Jornada tercera</i>	259

Hablan en ella las personas siguientes:

LA REINA

EL CONDE DE URGEL

TRES EMBAJADORES

DOS PRETENDIENTES

UN SOLDADO

RICARDO

NUÑO, *secretario*

EL REY DE NAVARRA

DOÑA BLANCA, *su hermana*

ESTELA, *dama*

DON SANCHO y DON VELA, *criados*

TIRRENA, *labradora*

XIMÉN, *soldado*

UN CRIADO

UN CABALLERO

JORNADA PRIMERA

Salen el conde de Urgel y tres embajadores.

CONDE La reina aún no está vestida;
esto me envió a mandar
que os diga.

EMBAJADOR 1.º Yo he de esperar,
siendo su alteza servida,
a que me vea.

EMBAJADOR 2.º Es forzoso
que hoy tome resolución.

EMBAJADOR 3.º En cuanto a mi pretensión,
a mí, por más cuidadoso,
me envió mi rey aquí,
y en la dilación que veo,
la prisa de su deseo
me habrá de culpar a mí.

CONDE No niego yo, caballeros,
que tenéis justas razones
de sentir las dilaciones
con que excusa responderos
la reina; pero advirtiéndolo
que no ha de elegir esposo
sin un acuerdo dudoso
con que se va disponiendo.
Y este las horas dilata,
y los días entretiene:
disculpa bastante tiene,
y con poca ofensa os trata.
Bien sabéis todos que el rey

mandó, muriendo, que fuese
 su esposo el que ella escogiese,
 y su testamento es ley.
 Prevenid con la esperanza
 el buen fin deste suceso,
 que no habrá culpable exceso
 en quien tal ingenio alcanza.
 Su alteza sale; llegad
 y habladla todos.

Sale todo el acompañamiento que pudiere, y dos pretendientes, y un soldado, los tres con memoriales en las manos, y la reina se sienta en una silla y el conde en pie a su lado.

EMBAJADOR 1.º Señora,
 pues vuestra alteza no ignora
 el valor, la majestad
 de Alfonso, rey de Castilla,
 las partes de su persona,
 a quien la imperial corona
 por mil respetos se humilla,
 admita el justo deseo
 con que ser suyo se ofrece.

REINA Ya lo que Alfonso merece
 estimo, conozco y veo.

EMBAJADOR 2.º Francia, con justa razón
 a su príncipe delfín
 estima. No busca, en fin,
 la posesión de Aragón
 pretendiendo a vuestra alteza,
 en quien cifra su ventura,
 que adora, alaba y procura
 su discreción, su belleza.
 Merezca premio esta fe
 que por mí os publica ausente.

REINA Debo al delfín, mi pariente,
 mil favores.

EMBAJADOR 3.º Bien podré,

aunque tercero en lugar
informaros, gran señora
de que Rogerio os adora,
a quien el Tirreno mar
besa en Sicilia los pies,
y yo los vuestros, aquí.
Por él su retrato os di,
que fue el mayor interés
que os puedo ofrecer ahora,
pues siendo tan bella vos,
y él tan galán, en los dos,
¿quién la consonancia ignora,
cuando ha de hacer el amor
música de pensamientos
reales?

REINA De sus intentos,
de su gallardo valor,
de su gala y bizarría
tengo nuevas; mi Consejo
me ha de casar, a él lo deajo,
si bien la elección es mía,
por justo acuerdo del rey,
mi padre, que no forzó
mi voluntad, aunque yo
hoy la sujeto a la ley.
Hablad al conde mañana,
que él responderá por mí.

EMBAJADOR 1.º Si a Castilla llevo un sí,
gloriosos aumentos gana.

Vase.

EMBAJADOR 2.º Si a Francia en esta ocasión
puedo conducir tal reina,
hasta donde el sol se peina
se dilatará Aragón.

Vase.

EMBAJADOR 3.º Si la elección de Rogerio
llevo a Sicilia, y yo veo,
bien logrado mi deseo,
tiemble el otomano imperio.

Vase.

PRETENDIENTE 1.º Aunque estaba consultado,
gran señora, en la tenencia
de Jaca, por cierta ausencia
forzosa se me ha quitado.
Yo he servido a vuestra alteza
como un vasallo fiel.

Dale un memorial y ella lo da al conde.

REINA Hablad al conde de Urgel.

CONDE Merece vuestra nobleza
y vuestra noble opinión,
Nuño, mayores empleos,
y creed que a mis deseos
debéis grande estimación.
A la reina advertiré
cómo os puede mejorar.

PRETENDIENTE 1.º Después os iré a besar
las manos.

Vase.

CONDE Vuestro seré.

SOLDADO Muchas veces, gran señora,
he dado ya a vuestra alteza
memorial de mi pobreza
y mis hazañas.

REINA Y agora,
¿qué me pedís?

SOLDADO Lo que ayer
pedí, y pediré mañana,

y un siglo, si no se humana
como piadosa y mujer,
como reina de Aragón,
como emperatriz del suelo,
al ver que no llueve el cielo
sobre cosa, en conclusión,
que pueda llamarse mía.

REINA ¿Dónde habéis sido soldado?

SOLDADO [*Aparte*].

(Cogiome). Aunque no he empezado
a serlo, muy bien podría.

REINA También yo os pudiera dar
mucho, pero nada os doy
por esta vez.

SOLDADO A eso voy.

Los reyes no han de mirar
para dar «por qué» ni «cuándo»,
sino quien ha menester,
que a Dios han de parecer,
que siempre nos está dando.

REINA Pues yo os doy sólo por Él
lo que me pedís por vos.

SOLDADO Daré mil gracias a Dios.

REINA Acudí al conde de Urgel.

SOLDADO Ya me espantaba que había
cosa en que no entrase el conde.

CONDE Vedme después.

SOLDADO Corresponde
a quien es vueseñoría.

Vase.

PRETENDIENTE 2.º En tan justa pretensión
como la mía, señora,
quisiera informar.

REINA Ahora
venís a mala ocasión.
Acudid a hablar al conde,

que él me informará despacio.

CONDE Cuando salga de palacio
me hablaréis, ya sabéis dónde.
Y estad cierto de mi pecho,
que vuestro aumento querría.

PRETENDIENTE 2.º Yo soy de vueseñoría
obligado y satisfecho.

Vase.

REINA ¡Ea! Despejad la sala;
salíos todos afuera.
Conde, yo tengo que hablaros;
no os vais.

CONDE Mande vuestra alteza.

Vanse todos, y quedan la reina y el conde solo.

REINA ¡Grave peso el del gobierno!
¿No será justo que tengan
los reyes algunos días
en que el cuidado suspendan?
Quiero entretenerme un rato;
hablemos en cosas nuevas.
De la Corte, ¿qué os divierte
y entretiene más en ella?
¿Jugáis? ¿Salís a caballo?
¿Gustáis de imitar la guerra
en la caza por los parques,
o en la ciudad hacéis fiestas?
¿En qué os ocupáis las horas
que los negocios os dejan?

CONDE Lo que me ocupa es serviros,
y solamente me alegran
los sucesos, gran señora,
en que mi cuidado acierta.
En él ocupo los días,
y las noches me desvelan,

prevenciones que hago al tiempo
por las horas que me niega,
que siempre el tiempo me falta.

REINA Debéis a vuestra nobleza,
conde, tan grande cuidado,
pues he confiado de ella
todo el peso deste reino.
Pero admírame que puedan
vuestras galas, vuestros años,
no tomarse la licencia
que suelen los hombres mozos,
y que tan estrechos sean
los preceptos del cuidado
que vuestras pasiones venzan.
¿No servís dama en palacio?;
que con pretensión honesta
no lo escusa un caballero,
García, de vuestras prendas.

CONDE Tal vez, señora, podría
haber visto vuestra alteza
en las cuadras de palacio,
en los saraos o en las fiestas
algún descuido en mis ojos,
y que habrán nacido, advierta,
de obligaciones cortesas,
mas no de amorosas penas.

REINA No, conde, no quiero yo
apurar desa manera
vuestras verdades, que sólo
mi curiosidad desea
saber a cuál de mis damas
os inclináis, que hay entre ellas
algunas de ilustres partes,
nobles, hermosas, discretas.

CONDE Yo confieso sus valores;
pero vuestra alteza crea
que me deben poco amor,

no porque no lo merezcan,
sino por desconfiado.

REINA ¿Cierto?

CONDE La verdad es esta.

REINA ¡Graciosa desconfianza!

Otra cosa sienten della
las damas de Zaragoza,
que no falta quien me cuenta
su hermosura y vuestra gala:
ya sé que doña Teresa
de Aragón es muy hermosa,
y que algún cuidado os cuesta.

CONDE Poco sabe de mi pecho
quien informó a vuestra alteza.
Doña Teresa es hermosa;
mas tiene mucho de necia,
y cuanto agrada a los ojos,
los oídos atormenta,
que es brava pensión del gusto.

REINA Bien decís; esta sospecha
pudo engañarse, si ya
no llegue a ser la más cierta
que doña Ángela, su prima,
es la que más os desvela.

CONDE Es un ángel, vive Dios;
mas es muy libre, y es fuerza
que ofenda su libertad
su opinión, aunque no llega
a menosprecio su honor.
Préciase de muy discreta,
escribe versos y canta,
con que visitar se deja
más de lo que fuera justo.

REINA Esa es advertencia cuerda:
hace doña Ángela mal.

¿Y doña Beatriz de Urrea?

CONDE Poco me debe esa dama,
que es conformidad de estrellas

amor, y han estado siempre
muy encontradas las nuestras.

REINA Mucho os estimáis, García;
ninguna, al fin, os contenta,
y así no amáis.

CONDE No, por Dios.

REINA ¿Cierto, cierto?

CONDE Ya es ofensa
de mi verdad esa duda.

REINA Mintieron, pues, mis sospechas.

Ahora bien, conde: volvamos
a mis cuidados, que apenas
puedo una hora suspenderlos.

El reino me pide apriesa,
por ser mujer, que me case.

Mi padre ya veis que ordena
en su muerte que yo escoja
esposo, y me da licencia

para elegir a mi gusto,
aunque mi vasallo sea.

El de Castilla, me pide;
el de Francia, me desea;

Rogerio, rey de Sicilia,
me solicita con veras,

y no me inclino a ninguno.

Demás que no es bien que tenga

Aragón rey extranjero,

y así casarme quisiera

dentro en mi reino, pues tengo

de nuestra real nobleza

deudos tantos, si vasallos,

tan ilustres, que no llegan

con locas indignidades

la corona a sus cabezas.

Esta es mi resolución,

y para acertar en ella,

hacedme memoria ahora

de los nobles en quien pueda

escoger uno, que al reino
y a mí por suyos merezca.

CONDE Supuesto que determina,
gran señora, vuestra alteza
darnos rey en Aragón,
que propio y no extraño sea
(que es justo y prudente acuerdo),
caballeros hay que llegan
a merecer este nombre
en vuestro reino. Nobleza
hay en el conde de Ampurias,
demás de las excelencias
de su ingenio y sus virtudes,
de su gala y gentileza.
De vuestra sangre es el conde
de Belchite: la grandeza
de la casa de Moncada,
don Ramón, su dueño, aumenta.

REINA Es vano el conde de Ampurias:
préciase de su belleza,
y no es bueno para mí
hombre que tan lindo sea,
que es fuerza que entre los dos
haya grandes competencias,
y estimo mucho la paz.
El de Belchite se precia
de mucha sangre real,
que le habrá de dar soberbia
con que no me estime en tanto,
ni este favor agradezca:
quiero esposo más humilde.
El de Moncada, a la guerra
de Marte, no a la de amor,
se inclina, y tanta fiereza
no es buena para marido;
vaya a guardar mis fronteras.

CONDE ¿Y don Blasco de Aragón,
o don Jimeno de Urrea?

REINA Ninguno dellos me agrada.

CONDE No me parece que queda
otro noble en Aragón
que tan dignamente tenga
bríos de ser vuestro dueño,
cuando estos no lo merezcan.

REINA ¿Es posible que no hay otros?

CONDE Aseguro a vuestra alteza
que no alcanzo otro ninguno
que proponerle.

REINA [*Aparte*]. (¡Qué necia
desconfianza!). Yo sé
que hay en el reino quien pueda
tener tan alta esperanza;
mas esto es bien que se advierta
con mucho espacio. Miraldo,
conde, con más viva ciencia
y escribidme una memoria
de los títulos que quedan [*Levántese la reina*].
por advertirme hasta ahora,
y mirad que venga en ella
también el conde de Urgel,
porque humildades tan necias,
más parecen cobardía
que desconfianza cuerda.

Vase la reina.

CONDE Fuese, y confuso he quedado.

Hoy desvanece la reina
mis altivos pensamientos;
desde hoy suben a su esfera.
Mis necias desconfianzas
con justa causa condena,
pues águilas de su sangre
a su sol los ojos cierran.
Ánimo, temor cobarde;
las más heroicas empresas

la fortuna las acaba
cuando el valor las comienza.
Ya en mis sienes la corona
que ponen sus manos bellas,
con rayos de un sol se dora,
guarnece un alba con perlas.
¡Qué envidia dará mi dicha!

Sale Ricardo.

RICARDO ¿Su alteza no estaba aquí
 ahora?

CONDE Pienso que sí.
 ¿Qué es lo que queréis?

RICARDO ¿Por dicha
 alcanza vuestra privanza
 a querer de mi secreto
 saber el fin? ¡Bravo efeto
 de favor, gran confianza!
A la reina quiero hablar,
y no os vengo hablar a vos,
si no es que ya sois los dos
tan uno en este lugar,
donde asistís de ordinario,
aunque su opinión se ofenda,
que para que ella me entienda,
que me oigáis es necesario.
No imagino que responde
sin vos, ni puede vivir,
pues no acertáis a salir
de su antecámara, conde.
La reina es reina y mujer,
y vos, en fin, su privado;
privad con menos cuidado
y no tendréis qué comer.
Mirad bien cómo medís
los pasos por donde vais,
que hasta el cielo levantáis

y al sol los rayos pedís.
Porque os tengo voluntad,
de hallaros aquí me pesa.

CONDE Si la voluntad es esa,
Ricardo, es poca amistad;
porque cuando yo tuviera
tal pensamiento conmigo,
si vos fuérades mi amigo,
no envidia, contento os diera.
Consejo a quien no le pide,
nunca es darle discreción,
y más si con la razón
poco se gobierna y mide.
Y cuando mi pensamiento
fuera de empresa tan loca,
¿por qué parte a vos os toca
el llamarle atrevimiento?
¿Violante no ha de escoger
el marido que quisiere?
Pues cuando a mí me escogiere,
¿quién como yo puede ser?
Cuanto más que esta es respuesta
de vuestra mala intención,
que mis méritos no son
dignos de empresa como esta;
mas cuando los tenga alguno,
si no le igualo, le excedo.

RICARDO Paso, conde, hablad más quedo,
que no os excede ninguno.
Vos sois el mejor de todos;
justamente pretendéis,
vos la empresa merecéis,
vos la igualáis de mil modos,
y todo con gran razón.

CONDE La reina vuelve: no puedo
responderos.

RICARDO Yo me quedo
aquí con cierta ocasión.

Dejadme hablar con su alteza
a solas.

CONDE ¿Qué pretendéis?

RICARDO Después, conde, lo sabréis,
que hoy mi pretensión empieza.
Y pues fuera desvarío
juzgar vuestro pensamiento,
también será atrevimiento
querer vos saber el mío.

CONDE Quedaos, Ricardo, en buen hora.

RICARDO El cielo esa vida aumente.

CONDE [*Aparte*]. Este encubre lo que siente
y su necia envidia dora.

Vase el conde y por otra puerta sale la reina.

REINA ¿Con quién hablabais aquí
tan alto, Ricardo?

RICARDO Hablaba
con el conde, que me daba
mucho ocasión.

REINA ¿Cómo así?

RICARDO Está tan desvanecido
con tus favores, señora,
que aquí me ha tratado ahora
tan soberbio y atrevido,
que a no salir vuestra alteza
castigara su arrogancia.
La sangre real de Francia
me dio esta ilustre nobleza,
y también me da el respeto
con que a mí se me ha de hablar;
pero quiero disculpar
a un hombre tan indiscreto,
que atribuye a su privanza
el merecer tus amores,
y aun se alaba de favores
que con más secreto alcanza.

Ahora me ha dicho aquí
que ha de ser rey de Aragón
mañana; diome ocasión
a enojarme, y respondí.

REINA Basta. [*Aparte*]. (¡Qué graves enojos!
¡Ah necio conde! ¡Ah villano!
¡Apenas os doy la mano,
cuando me quebráis los ojos!
Castigo de mi osadía
ha sido tan fuerte ofensa).

RICARDO [*Aparte*]. (Turbada, hermosa y suspensa,
rayos a mi pecho envía.
Adoro a la reina; aspiro
a esta corona, si es ley
que un primo del muerto rey,
con los valores que miro
en mí a todos se adelante.
En tan justa pretensión,
no los reinos de Aragón
pretendo, adoro a Violante.
Reina nació, y es mujer,
no peña. Esperanza mía,
ánimo, que quien porfía
con arte, vence al poder).

REINA [*Aparte*]. (Resuélvome, aunque me cuesta
la mitad del alma; pero
quiero averiguar primero
la verdad, si acaso es éste
envidioso o su enemigo).
Ricardo.

RICARDO Señora.

REINA ¿Tú
creíste al conde?

RICARDO ¡Jesús!
Reñile; el cielo es testigo,
y a no estar en tu aposento,
que me suspendió la ira

de su enojosa mentira,
pasara el atrevimiento.

REINA ¡Que se atreviese a mi honor!

RICARDO Tan necio y tan satisfecho,
que dijo que aun hoy le ha hecho
vuestra alteza un gran favor.

REINA [*Aparte*]. (¡Válgame el cielo! ¿A qué aguardo?).

RICARDO [*Aparte*]. (Bien culpo al conde, en efeto).

REINA El secreto

amor me enseña: [*Alto*]
ya veis que importa, Ricardo;
tú eres mi deudo, y sabrás
guardarle, si ya no ha sido
que el falso conde, atrevido,
le haya dilatado más.

[*Aparte*]. (¡Con mentirosa alabanza
que se atreva a mi opinión!).

Yo tengo satisfacción
del mucho valor que alcanza
tu persona, y quiero ahora
valerme de ti. (¡Qué pena!).

RICARDO Tu esclavo soy; manda, ordena;
verás el amor, señora,
y la lealtad de Ricardo.

REINA Llámame al conde de Urgel
y volverás tú con él.

RICARDO Voy a buscarle.

Vase Ricardo.

REINA Aquí aguardo.

Necia y vana confianza,
¿qué diré con mudos labios?
De tan injustos agravios,
¿cómo tomaré venganza?
¡Venganza, cielos, de un hombre,
por indigno de mi amor;
olvido, furia y rigor,

que aborrezco hasta su nombre!
Si culpa mi atrevimiento
quien fue del suyo testigo,
también dará su castigo
ocasión al escarmiento.

Sale Nuño, secretario, con una cartera, y tinta y pluma y una carta escrita.

NUÑO Aquí escribe, señora, vuestra alteza
ésta al rey de Navarra, en que le pide
que suspenda las armas con que intenta
satisfacerse por estar quejoso
de no haberle admitido por esposo.

REINA Mostrad; la firmaré.

Salen Ricardo y el conde.

RICARDO Ya está aquí el conde.

CONDE ¿Qué manda vuestra alteza?

REINA En gran cuidado
me pone el de Navarra; injusta guerra
mueve en mi ofensa. Hoy supe que se apresta
para meter en Aragón su gente,
que es fuerte cosa. En la ocasión presente
importa, conde, que os partáis al punto
a toda prisa a veros con Teobaldo,
que vuestra autoridad y carta mía
disuadirán al rey del nuevo intento.
Decidle que dilate el casamiento,
y que tomando en él mejor acuerdo,
podrá ser que asentemos nuestras paces.
No deis crédito vos a esta mudanza,
ni aseguréis del todo su esperanza;
sólo le entretened, que es lo que importa.
Mi carta es esta, y vuestra diligencia
feliz suceso me promete en todo.
Partid, conde, y partid a la ligera;

tan solamente Nuño os acompañe,
que lo que más conviene es el secreto;
no os quiero decir más, pues sois discreto.

NUÑO Yo iré como mandáis.

CONDE Y yo a serviros
con esta misma fe, por cuanto dora
el sol, desde el ocaso hasta el aurora.

REINA Vos, Ricardo, volved a verme luego,
que tengo en qué ocupar vuestra persona
de mi real servicio.

RICARDO Si serviros
es digno premio que mi amor alcanza,
desde hoy llamo dichosa mi esperanza.

Vanse Ricardo y la reina por una puerta, y el conde y Nuño por otra, y salen Sancho y Tirrena, labradores.

TIRRENA Mal hayan los cazadores,
y vayan siempre en mal hora
a espantarnos el ganado.

SANCHO ¡Que hasta en una pobre choza
no viva el cuidado ocioso!
Verá qué confusa tropa
de cortesanos desciende
al valle: la fuente agotan.
Acá parece que guían.

TIRRENA No, que hacia el monte se emboscan.

SANCHO Acercaos a mí, Tirrena.

TIRRENA ¡Qué vida tan enfadosa!
¿Siempre he de andar junto a ti?

SANCHO Sois mujer, y con todas
habían de ser los maridos,
ella, el cuerpo, y él, la sombra.
Si no lo sabéis, Tirrena,
sabed que la mujer propia
siempre ha de andar en el pecho
como la ajena en la bolsa.

TIRRENA Tu necia desconfianza,

Sancho, me tiene quejosa;
tu cuidado me da pena,
y tus recelos me enojan.
En estos campos desiertos
habito una pobre choza,
cubierta de humildes pajas,
entre cuatro peñas solas.
La música de las aves,
que me despierta al aurora,
a quien ayudan las fuentes
y el aire entre aquellas hojas
de aquellos copados olmos,
ni me llama ni enamora,
porque no entiendo la letra,
por más que las voces oiga.
Estos árboles que viste
el cielo de verdes ropas
son galanes solamente
de la primavera hermosa,
y a mí jamás me dijeron
amores, con verme sola.
Mil veces dormí la siesta
sobre esa pintada alfombra;
por estos montes paseo,
no en las calles espaciosas
de la Corte, que a los ojos
tantas veces ocasionan.
Si estás triste, no me alegro;
lo que te enoja, me enoja;
contigo gozo tus bienes,
conmigo tus males lloras.
Sancho, Sancho, necios celos
poco excusan la deshonra
del marido desdichado
que escogió liviana esposa.
De la mano de Dios viene
la buena, y a poca costa
de cuidados asegura

a su dueño por sí sola.
Esto advierte, Sancho mío,
y ven a segar ahora,
que se va pasando el día;
que al paso que tú las cortas
cogeré yo las espigas,
para que en mis brazos cojas
el fruto de tus amores
libre de penas celosas.

SANCHO Ponlos, Tirrena, en mi cuello,
que tus palabras de alcorza
me han azucarado el alma.
Vamos, y esta mano toma
de que no me verás más
pedir celos desde ahora.

TIRRENA ¡Qué necesidad es pedirlos!

SANCHO Y darlos, ¡qué mala cosa!

Vanse y salen el conde y Nuño, de camino.

CONDE Aquí podemos parar.

NUÑO Señor conde don García,
ya vuestra melancolía
me da licencia y lugar
de preguntaros la causa
si es posible que se diga
qué a tal pesar os obliga.

CONDE No sé, por Dios, quién la causa.

Vengo con algún cuidado
de ver que al partir cayó
mi caballo, y se trató
tan mal, que al fin le he dejado.
Hemos perdido el camino
tres veces, y en la caída
me pudo quitar la vida
mi propia espada. Imagino
que al salir de Zaragoza
vimos los dos escuderos

heridos; necios agüeros
son, mas tengo de Mendoza
alguna sangre en mi casa,
y no los puedo acusar.

NUÑO Si dais en imaginar
y a tan grande extremo pasa,
conde, esa melancolía,
vuestra salud temo.

CONDE Ardiente
está el sol; aquesta fuente
más templado el aire envía,
a quien hace sombra aquel
olmo, y me fatiga el sueño.

NUÑO Dormid, que es pesado dueño,
y yo os seré guarda fiel.

Dentro Sancho.

SANCHO Canta, Tirrena, que quiero
que alivies nuevas fatigas.

UNO Vaya al son de las espigas
muesama, que es un jilguero.

Canta dentro una mujer.

«Alabastis os, caballero;
gentil hombre aragonés,
no os alabaréis otra vez.
Alabastis os en Castilla
que teníais linda amiga;
gentil hombre aragonés,
no os alabaréis otra vez».

Gritan todos como ruido de segadores.

NUÑO No canta mal la villana.
Salsa, conde, os puede ser
al sueño.

CONDE (¿Qué he de temer?
 Dejadme, sospecha vana.
 ¿Qué quieres, necia tristeza?
 ¿Quién me enoja y me divierte?).
 Allí me reclino. Advierte
 que, en pasando esta aspereza
 del calor, si me durmiere,
 me llaméis, y caminemos.

Vase el conde.

NUÑO Descansa. (¡Fuertes extremos!
 ¡Oh privanza, quién te quiere!).

Sale Ricardo, de camino, con una cédula y un pliego de cartas en la mano.

RICARDO Corriendo, Nuño, dejo atrás el viento
 por alcanzarte. ¿Dónde queda el conde?

NUÑO Allí descansa.

RICARDO Lograré mi intento.
 Esta cédula real mira, y responde
 a la reina, por cuyo mandamiento
 mi lealtad a mi sangre corresponde;
 secretos suyos son; no hay resistencia.

NUÑO La respuesta, Ricardo, es la obediencia.

[Lee Nuño la cédula].

«Ricardo, a mi servicio conviene que, ayudado de Nuño, mi secretario, que le acompaña, deis la muerte a don García, conde de Urgel. Buscad el lugar más a propósito, por lo que importa este secreto. En vuestra diligencia conoceré el celo que tenéis de mi servicio; y habiéndolo muerto, pasaréis los dos a Pamplona, donde abriréis el pliego que os he dado, y tratad con el rey de Navarra lo que ordeno en él.—*La reina*».

¡Fuerte resolución!

RICARDO Este es el pliego.

NUÑO Su letra es esta, y el que allí descansa,
el triste conde, descuidado y ciego
gozando desa fuente clara y mansa
con que templá del sol el mayor fuego.
El sueño rinde lo que más le cansa,
que fue su pensamiento.

RICARDO Pues despierte
en las últimas quejas de la muerte.
Desnuda, Nuño, como yo, el acero,
si eres leal vasallo y obedeces
una firma real.

NUÑO De pena muero.

RICARDO ¿Dónde está tu valor? ¿Tú te enterneces?
Si no te atreves, yo seré el primero
que pase el traidor pecho muchas veces;
a mi reina obedezco.

NUÑO Esa obediencia
será testigo fiel de mi inocencia.

*Vanse, las espadas desnudas, y suena dentro ruido de cuchilladas,
y dice el conde dentro.*

CONDE Rendido al sueño, ¿qué mayores señas
de que, traidores, afrentáis aceros
en mis heridas, que juzgó pequeñas
rigor infame de ánimos tan fieros?
Repite el eco entre elevadas peñas
que sois cobardes, viles caballeros,
y en la traición de que os valéis, advierto
que llegáis a matar a un hombre muerto.

Salen ahora, y el conde, herido.

CONDE ¿Tú, Ricardo, tú tienes sangre mía?
¿Tú eres mi deudo?

RICARDO En mi rigor advierte
que la justicia de la reina envía
a tu delito inexcusable muerte.

CONDE De tu envidia nació la alevosía
que en mi desdicha ocasionó la suerte.
¡Yo muero, ay cielos!

Cae.

RICARDO Vamos, que esto es hecho;
este anillo publique su mal pecho.

Pónele Ricardo una sortija al conde en un dedo y déjale en el suelo, y sale doña Blanca, infanta de Navarra, muy gallarda, de caza.

DOÑA BLANCA Queriendo vengar la muerte
del cazador que en las selvas
de Chipre lloró piadosa
y enamorada su reina,
me dejó sola mi gente;
tan veloz huye la fiera,
que si no corre con alas,
con miedos cobardes vuela.
¿Por dónde iré, que este monte
no tiene camino o senda
que malezas no le corten,
que no le borren las hierbas?
Pero ¿qué tirios matices
labran el campo? ¿Quién hiela
el alma en mi pecho?

CONDE ¡Ay cielos!

DOÑA BLANCA ¡Válgame Dios! ¿Quién se queja?
¿Qué voz es esta que mueve
los montes, si en su aspereza
enternecidas, parece
que lloran sangre las piedras?
A mí, ¿qué puede importarme?
¿Qué necia piedad es esta
que alentar no deja el alma
y mover me deja apenas?
Aquí está un mancebo herido.

¿Si es cazador, que la fiera
hirió? Las galas y el talle
de todos le diferencian.
Quiero llegar... No es acción
de mi calidad... La reina
de Catay, ¿no curó un moro
de más desiguales prendas?
Piedad, que nació en el mar
de otra superior esfera,
¿no bañó a Adonis en llanto
sobre la tierra sangrienta?
¿Qué aguardo? ¿No es la piedad
acto generoso? Venza
la razón, no el falso engaño,
que la vanidad sustenta.
Caballero... ¡Ay Dios, si es muerto!
Faltale al mundo su idea
en tan floreciente edad,
abril de la gentileza.
¡Ah caballero! ¡Ah señor!
Aún tiene vida y aliento.
Abrid los ojos, de quien
rayos del sol son centellas.
No puede hablar; ¡triste suerte,
que paga en flores la tierra
espíritus que traslada
de las del cielo a sus venas!
¿Quién me mueve? ¿Si es piedad?
¿Qué extraña pasión me esfuerza
con movimientos de nieve,
que abrasan cuando se yelan?
Para piedad, mucho es esto.
¿Quién me inclina? ¿Quién me lleva
tras este engaño, a quién sigo
entre desdichas tan ciertas?
¿A un no vivo, que da muerte,
y a un sol que, eclipsado, ciega?
¿Qué discretos me entretienen

para que no le prevenga
remedio? Mas la ocasión
llegó a faltarme en las fuerzas.
Inculto, erizado monte,
heladas y duras peñas,
a quien si labra esta sangre,
bañan mis lágrimas tiernas;
sordos troncos, que os tapáis
con arrugadas cortezas
al encanto de mis voces
y a la piedad de sus quejas;
fieras, que desta crueldad,
si no piadosas, suspensas,
las entrañas destes montes
en sus grutas os encierran;
llegad, que seréis humanos
viendo el rigor, la inclemencia
de los hombres, de los cielos,
de elementos y de estrellas.
Fiero es el mal, que al remedio,
entre esperanzas inciertas,
ojos ingratos le sobran
cuando le faltan orejas.
Si no es ilusión que forma
la necesidad, cometa
veloz, penetra un villano
el monte, el valle y la sierra;
parece que oyó mis voces,
y por donde estoy se acerca.
¿Qué anillo es aqueste, lleno
de sospechas y de letras? [*Lee*].
«*Quien habló, pagó*». ¿Qué es esto?
Venganza, venganza es esta:
«*quien habló, pagó*»; ya crecen
con la piedad las sospechas.
Fiera venganza, ¡ay de mí!
¿Qué pudo hablar que merezca
tal rigor? Aunque este calle,

bien pudo tener soberbia
y émulos su bizarría.

Sale Sancho.

SANCHO Atada dejo la yegua,
y es tan fogosa, que temo
que rompa el tronco y las riendas.
Señora, ¿llamaisme a mí?

DOÑA BLANCA ¿Conocesme?

SANCHO Vuestra alteza
me dé sus pies.

DOÑA BLANCA Dime, amigo:
¿es cerca de aquí tu aldea?

SANCHO No la conozco; una choza
tengo al transponer la cuesta,
pobre, pero sin vecinos,
que no es pequeña riqueza.

DOÑA BLANCA Lleva en tu yegua este herido,
y lo mejor que tú puedas,
que la falta de la sangre
fuera de acuerdo le lleva.

SANCHO Para restañarla, yo
conozco piadosas hierbas,
y sé curar por ensalmo.

DOÑA BLANCA Toma, amigo, esta cadena;
pues tan cerca está la villa,
trae médicos, que la ciencia
es la verdadera cura.

SANCHO Eso es querer que se muera.

DOÑA BLANCA ¿Cómo te llamas?

SANCHO ¿Yo? Sancho.

DOÑA BLANCA ¿Conocesle?

SANCHO En la presencia,
un príncipe me parece,
y no le conozco.

DOÑA BLANCA Abrevia,
que temo en la dilación
su muerte.

SANCHO Yo voy.

DOÑA BLANCA Espera.
¿Sabes leer?

SANCHO Y escribir,
y aun letras de otras escuelas.

DOÑA BLANCA Sancho, guarda esa sortija
presto, que mi gente llega.

SANCHO Las letras quiero leer,
aunque los labios me sellan:
«Quien habló, pagó»; eso no,
yo soy mudo.

DOÑA BLANCA Tu cabeza
guardará tu lengua.

SANCHO Vamos,
que yo guardaré mi lengua.

Vanse la infanta por una parte y Sancho lleva al conde por otra.

JORNADA SEGUNDA

Salen doña Blanca, ya con verdugado, y Estela, su dama, y siéntese en una silla doña Blanca.

DOÑA BLANCA Ciega piedad, ¿a quien soy
se ha de atrever mi deseo?

ESTELA Triste, señora, te veo.

DOÑA BLANCA Triste, Estela amiga, estoy.

En nada alcanzo sosiego;
todo me aflige y congoja;
lo que me alivia, me enoja;
ya soy de yelo, y ya fuego.

ESTELA ¡Extraña melancolía!

Pues procure vuestra alteza
divertir esa tristeza.

DOÑA BLANCA Adoro su compañía;

vivo con mi pensamiento,
y muero sin él, Estela;
lo que me mata y desvela
es el consuelo que siento.
Déjame sola; mas no,
no te vayas.

ESTELA ¡Fuerte extremo!

Tu vida, señora, temo.

DOÑA BLANCA Quien más la acaba soy yo.

Entra por un libro, a ver
si me puedo divertir,
Estela.

ESTELA Voite a servir.

Vase.

DOÑA BLANCA Alma, ¿que tenemos de hacer
con tan extraña pasión,
con tan ciego desvarío?
¿Quién amó un cadáver frío?
¿Si fue amor o compasión?
Déjame ya, pensamiento,
que mi voz enternecida
pudo detener su vida,
que vi en el postrer aliento.

Saque Estela un libro.

ESTELA Busqué, señora, un poeta
para entretenerte más.

DOÑA BLANCA No sé, Estela, si podrás,
aunque fue elección discreta.
¿Cuál es?

ESTELA Pienso que el mejor
de Italia.

DOÑA BLANCA ¿Ariosto?

ESTELA Sí.

DOÑA BLANCA Vuélvele, Estela, ¡ay de mí!,
que aumentarán mi dolor
las heridas de Medoro
y la piedad de la bella:
tal es mi pena.

ESTELA Si en ella
no te sirvo, es que la ignoro.

DOÑA BLANCA Lleva ese libro, y di a Fabio
que cante un rato, allá fuera,
en la antecámara, espera...;
no..., vaya; todo es agravio;
todo me cansa, ¡ay de mí!

ESTELA A Fabio voy a avisar.

Vase Estela.

DOÑA BLANCA Di que cante sin templar,
o que me saldré de aquí.
Cesad, cuidado, que os veo
sin esperanzas; cesad;
acábase la piedad
donde se acaba el deseo.

Sale Estela y tocan dentro una guitarra.

ESTELA Las voces del instrumento
y las de su dueño escucha,
que ya te sirven.

DOÑA BLANCA Es mucha
mi pena; morir me siento.

Cantan dentro.

«En un pastoral albergue,
que la guerra entre unos robles
le dejó por escondido
o le perdonó por pobre,
mal herido y bien curado
se alberga un dichoso joven,
que, sin tirarle Amor flechas,
le coronó de favores.
Las venas con poca sangre,
los ojos con mucha noche,
le halló en el campo aquélla,
vida y muerte de los hombres.
Amor le ofrece sus vendas;
mas ella sus velos rompe
para atarle las heridas;
los rayos del sol perdonen.
Los últimos nudos daba,
cuando el cielo le socorre
de un villano de una yegua
que iba penetrando el monte».

Ha estado llorando la infanta y escuchando a veces.

DOÑA BLANCA No canten más.

ESTELA Ya en tu llanto
cuán poco te alegras veo.

DOÑA BLANCA Suspiros doy al deseo;
lágrimas ofusco al canto.

Salga Teobaldo, rey de Navarra, muy galán y haya estado escuchando.

ESTELA El rey te ha escuchado.

REY Hermana,
¿quién causa vuestra tristeza?

DOÑA BLANCA Tenerla con vuestra alteza
fuera pasión necia y vana.

A vuestro servicio estoy,
alegre de que tengáis
salud buena. ¿Cómo estáis?

REY Con mil disgustos. Yo voy
al campo, a ver si divierto
este pesar. ¿Gustaréis
de acompañarme?

DOÑA BLANCA ¿No veis
mi pecho, señor, abierto
siempre a vuestra voluntad?

REY Ya tomé resolución
en lo que pide Aragón.
Venció mi noble verdad
el poco advertido engaño
con que Violante quería
ser reina, en ofensa mía,
de Navarra, ícaso extraño!
No permitió el justo Cielo
tan grande ofensa en mi honor,
pues su mismo embajador
me avisó de su mal celo.
Amaba al conde de Urgel

de suerte que se alababa
que sus favores gozaba,
poco amante y poco fiel.
Mandole matar, y luego,
con indigno atrevimiento,
intentó mi casamiento.
Vano error, intento ciego;
corrido estoy, ¡vive Dios!,
en el grado que ofendido.

DOÑA BLANCA Con justa ocasión ha sido.

REY Quiero suspender con vos,
infanta, tanto pesar.

DOÑA BLANCA (Si no le excediera el mío,
que, aunque olvidarle porfío,
nunca le acierto a olvidar).

CRIADO Ya está todo prevenido.

REY Vamos, hermana.

DOÑA BLANCA (¡Ay de mí!
¿Si hallaré donde perdí
la libertad y el sentido?...).

*Vanse todos y sale el conde de Urgel, con gabán de labrador y arri-
mado a su espada.*

CONDE ¡Oh bienaventurado
silencio santo, de sayal vestido!
¡Oh venturoso estado,
de pocos en la vida conocido,
donde el menos dichoso
no tiene que temer ni estar quejoso!
De la verdad sagrada
luce el cristal por varios horizontes,
y sobre una cayada
está la vida, por incultos montes,
más segura entre fieras
que entre esperanzas siempre lisonjeras.
La envidia, ni por señas
llegó a la choza, al monte, al valle, al risco;

ni estas soberbias peñas,
 que tantas veces coronó el lentisco,
 pretendieron alguna
 más bellas flores, ni mejor fortuna.
 Mísero cortesano,
 contento nunca, eterna tiranía
 de quien te busca en vano,
 donde el padre del hijo no se fía,
 que al mandar solamente,
 ni leyes cuadra, ni igualar consiente.
 Para mi injusta muerte
 no sé la causa en que ofendió mi vida;
 mas ¿qué ocasión más fuerte
 que en un deudo la envidia mal nacida?
 ¿Qué rigor más villano
 que un falso amigo y un aleve hermano?

Sale Tirrena, labradora.

TIRRENA Después, gallardo Ramiro,
 ¿qué debéis?

CONDE (Esta villana
 me mira de buena gana).
 De tu condición me admiro.
 A la piedad que has mostrado,
 y a la que en tu esposo hallé,
 eternamente estaré,
 si agradecido, obligado.
 No tienes que ponderar
 deuda tan reconocida.
 ¿Qué es la vida? Con la vida
 aún no la podré pagar.

TIRRENA Mayor la causa juzgaba.

CONDE Ya supe que tu marido,
 Sancho, me halló tan herido,
 que casi sin vida estaba,
 y con más piadoso afecto
 que el troyano me llevó

en sus hombros.

TIRRENA Bien sé yo
que debéis más.

CONDE En efeto:
al darme vida aquel día
medios puso más que humanos.

TIRRENA Sancho sí ponía las manos;
pero yo el alma ponía.

Aceche Sancho, y desde el paño diga.

SANCHO Bueno, bueno; qué, ¿esto pasa?

No recelaba yo en vano.
¡Vive Dios, señor Fulano,
que habéis de volar de casa!

TIRRENA (De verle cerca de mí
tengo un no cumplido antojo).

¡Ay, que me cayó en el ojo!

CONDE ¿Qué es eso?

TIRRENA Llégate aquí,
Ramiro, que ya no espera
mi vista la luz del día.

CONDE Alguna paja sería.

TIRRENA Sopla, y echarasla fuera.

SANCHO (Así, noramala, así,
soplarme la dama luego
al primer descuido. ¡Fuego
en vos, en ella y en mí!
En vos, porque hoy habéis sido
ingrato huésped aquí;
por fácil en ella; en mí,
por desdichado marido;
que Ramiro os llamáis vos,
y me queréis enramar
las sienes. ¿Ha de quedar
en casa? No, ¡juro a Dios!)

Sale.

- TIRRENA ¡Ay Sancho, ya puedo ver!
 SANCHO Yo tengo en vos buena alhaja.
 TIRRENA Tuve en el ojo una paja.
 SANCHO Una viga había de ser.
 Vos, señor Ramiro, ya
 estáis valiente mancebo.
 CONDE Sancho, la vida te debo.
 SANCHO Vos, Tirrena, entrad allá,
 y esto podéis excusar,
 porque al huésped la mujer
 nunca le ha de entretener,
 aunque le ha de regalar.
 TIRRENA Tras de negarme un ingrato
 deudas de un alma quejosa,
 es esto bueno.

Vase Tirrena.

- SANCHO (No hay cosa
 que no facilite el trato.
 De cualquier modo, imagino
 la seguridad, que es necia:
 no se matara Lucrecia
 si conversara a Tarquino,
 ni Troya ardiera en su fuego,
 ni resuelta en su humo y brasa
 pereciera, si en su casa
 se recelara el rey griego).
 CONDE Pues, Sancho, ¿qué suspensión
 os advierte?
 SANCHO [*Aparte*]. (Aquesto es hecho,
 Ramiro, en vuestro provecho).
 CONDE Conozco mi obligación;
 la vida os debo.
 SANCHO No es a mí,
 Ramiro, sino a la infanta
 de Navarra. ¿Qué os espanta?
 CONDE ¿A la infanta, Sancho?

SANCHO Sí.

¿Qué os encoge?

CONDE Hablad con tiento,
por Dios.

SANCHO El paso ensanchad,
que en Blanca esta voluntad
tiene mayor fundamento. [*Aparte*].
(Mi vida, ciegos desvelos
aventuráis; no es tan malo
morir colgado de un palo
como arrastrado de celos.
Por fuerza lo ha de saber
la infanta; yo me aventuro;
si el bien, Ramiro, os procuro,
en esto lo podéis ver).

CONDE En fin: que el hallarme herido,
¿pudo mover su valor?
¡Gran piedad!

SANCHO Más grande amor;
no soy yo tan atrevido.

CONDE En lo que dices repara.

SANCHO ¡Qué encogidos son los sabios!
Ramiro, yo vi en sus labios
sangre de tu misma cara.
Los pensamientos levanta
a tu fortuna dichosa;
mas mira que es peligrosa,
y quiere a un mudo la infanta.
Que hoy ha salido presumo
a caza; ya el rumor siento.

CONDE Voy a verla como el viento.

SANCHO Y sea la vuelta del humo.

Vase el conde y salgan la infanta y Tirrena.

DOÑA BLANCA En fin: ¿vivió?

TIRRENA Quiso el Cielo
guardarle.

DOÑA BLANCA Supe su historia,
que hoy obliga mi memoria
a lástima y desconsuelo,
al paso que mi deseo
por volverle a ver se abrasa.
¿Curose, al fin, en tu casa? [*Aparte*].
(Por mil caminos rodeo
el llegarle a preguntar
adónde está). Y no he sabido
quién es.

TIRRENA Cuidado he tenido;
mas él ha dado en callar
con tal cordura y tal modo,
que tanto silencio admiro.
Sé que se llama Ramiro,
que esto nos responde a todo;
pero en su talle, a la fe
que parece un gran señor.

DOÑA BLANCA (Detente, atrevido Amor,
pues adónde vas no sé).

TIRRENA (Como por claro cristal
el corazón manifiesta).

SANCHO (El callar, ¡qué poco cuesta!
Ya lo dije: yo hice mal;
quiero ver libre mi honor,
suceda lo que suceda).

DOÑA BLANCA Y Ramiro, ¿adónde queda?

SANCHO Él tiene gentil humor.
A pie, sin querer la yegua,
siguiendo fue los ventores
del rey, que los cazadores
se sienten a media legua.

Salgan algunos criados y el rey, galán de caza, y el conde con él.

REY Infanta.

DOÑA BLANCA Rey y señor.

REY Cuando en el bosque os dejé,

este labrador hallé,
cuyo notable valor
es indigno deste nombre.
Grande inclinación me debe;
notable estrella me mueve
en su favor; no os asombre
que os diga que ha satisfecho
mi pecho de tal manera
en sola la acción primera
que hoy en mi servicio ha hecho,
que ya es dueño de mi amor.

CONDE Eso deberé a mi estrella,
pues ya llego a vos por ella
con tan indigno valor.

DOÑA BLANCA [*Aparte*]. (Tiene agrado y gentileza;
mal hice en volverle a ver).

CONDE (No, humana no puede ser
tan peregrina belleza,
que con secreta deidad
mueve a adorarla. Si gano
lo que me dijo el villano,
dichoso yo, si es verdad).

DOÑA BLANCA [*Aparte*]. (Si cuando sin alma estaba
revuelto en su sangre fría,
divino me parecía,
por inmortal le juzgaba;
viéndole con tal valor
y tan gallardo, ¿qué espero?).

REY Desde hoy será mi montero.

DOÑA BLANCA Dicen que es gran cazador.

Sale un caballero con un pliego de cartas.

CABALLERO Supe al pasar cómo estaba
en el bosque vuestra alteza,
y puesto que el premio empieza
adonde el servicio acaba,

no quise pasar de aquí
sin veros.

Dale el pliego al rey, y apártase a leer a un lado.

REY Seáis bien venido.

CABALLERO Yo, señor, os he servido
como debo a vos y a mí.

CONDE Sancho, en la amistad sencillo,
¿hasme engañado?

SANCHO Eso no,
que os amo.

CONDE Dichoso yo.

SANCHO Guardad, Ramiro, este anillo,
que nos importa a los dos.

Lee el conde.

CONDE «Quien habló, pagó».

SANCHO Hasta aquí
me tocó guardarle a mí,
y desde hoy os toca a vos.
Besad, Ramiro, la mano
a la infanta, mi señora;
hablad.

CONDE [*Aparte*]. (El alma la adora).
Mal sabrá un tosco villano. [*Llega a ella*].
No el claro Olimpo, horizonte
del sol, si cielo en belleza,
compite con la grandeza
deste jardín, que fue monte,
después que entre glorias tantas,
donde otras memorias pierde,
goza de abril siempre verde,
agradecido a estas plantas,
aquí de la aurora hermosa
el sol madruga en favores,
y aquí, entre vencidas flores,

colora al nacer la rosa,
 aquí el cristal deste risco
 que helaron desdichas mías
 y coronó en sierpes frías
 el argentado obelisco,
 la plata, que entre esmeraldas
 más bellas hace las sombras,
 bordadas te ofrece alfombras,
 que no se atreve a guirnaldas,
 aquí las fieras rendidas
 postradas vienen...

DOÑA BLANCA Y aquí
 no han de decirse a mí
 lisonjas tan atrevidas.
 No os cieguen vanos intentos
 de quien ofenden las señas,
 si no queréis que estas peñas
 despeñen atrevimientos.

CONDE (Sancho, ¿qué es esto?).

SANCHO Porfía,
 que disimula, y con ello
 acuérdate dese sello,
 que es tu cabeza y la mía.

CONDE Cobarde quedo.

SANCHO En amor
 se pierde todo cobarde.

REY Descansá, y vedme esta tarde.

CABALLERO Beso vuestros pies, señor.

Vase.

REY Quién eres quiero saber,
 y a mi servicio disponte.

CONDE La vida me dio este monte;
 su hijo debo de ser.
 Aquí, señor, me he criado
 en este humilde ejercicio,
 y moriré en tu servicio,

menos libre, mas premiado.
(Aquí me importa fingir
lo que no soy ni seré,
pues esta vida que hallé
ha sido para morir).
Con más valor que fortuna,
que huye siempre y se olvida
del merecer, vio mi padre
la guerra; venció infinitas.
Soldado fue muchos años,
tuvo otras tantas heridas
en el pecho, porque espaldas
dicen que no las tenía.
Asaltó, rompió murallas,
ganó plazas defendidas;
tal vez con sus armas propias,
muchas venciendo enemigas.
Fue siempre soldado pobre,
y de banderas moriscas
guarneció templos cristianos,
desguarneciendo mezquitas.
A los reyes de Aragón
sirvió, donde se decía
que él solo echaba de España
las africanas reliquias.
Fue comúnmente estimado,
sin alcanzar en su vida
ni a ser cabo de una escuadra:
rigor de su estrella misma.
Viendo que vencer no pudo
el hado en tan largos días,
colgó las armas sangrientas,
que así parecen más limpias,
y habiendo dado a mi madre
blancas y fúnebres piras,
última casa del mundo
y más cierta que temida,
retirose a estas montañas

al tiempo que ya, a porfía,
venimos los dos cargados,
de años él, yo de desdichas.
Fue mi maestro; enseñome
a huir de la compañía
de los hombres, que las fieras
tuvo por menos esquivas.
Murió, quedé en verdes años,
y obligaciones precisas
me hicieron diestro en el arte
desta montaraz milicia.
Hiriome una fiera airada,
y casi de la otra vida
me volvió el alma un pastor,
que el curar consiste en dicha.
Este tengo por amigo,
que, entre estas peñas vecinas,
huyendo de la ciudad,
seguros bienes cultiva.
Coge verdades en flor,
guirnaldas de verde oliva,
con que le premian virtudes
que en la Corte se castigan.
Permite, invicto señor,
que en estos montes te sirva,
no en la Corte, de quien dicen
que tiene malas salidas.
Allá, sin favor del rey,
os atropellan y pisan,
y si el rey os favorece,
os han de quitar la vida.

DOÑA BLANCA ¿En la dicha te acobardas?

¿Qué es lo que tienes?

CONDE Podría,

si llegase a ser dichoso,
dar de mis dichas envidia,
que es la desdicha mayor.

DOÑA BLANCA Justo es, señor, que te sirvas
de hombre tan bien entendido.

REY Tengo bastantes premisas
de que acierte mi elección
en llevarle.

DOÑA BLANCA Determinas
cuerdamente; que los reyes
dan lustre, dan hidalguías,
y es poder mucho hacer grande
a quien tan chico se humilla.

REY ¿Es aquél el labrador
filósofo?

SANCHO Soy alquimia.
De las artes no sé más
que guardar esta costilla,
por ser hueso de mis huesos,
aunque no mi carne misma.

REY ¿Es tu mujer?

SANCHO Sí, señor.

REY Vamos.

CONDE La amistad sencilla
de Sancho siento perder.
¿Mandas que en mi compañía
le lleve?

REY Vaya conmigo.

Vanse todos, y quedan Sancho y Tirrena.

SANCHO ¿Yo a la Corte? No, en mis días.

TIRRENA Sancho, ¿y si lo manda el rey?

SANCHO Ya os tiene desvanecida
la Corte y sus embelecos.

TIRRENA Allá he de ir.

SANCHO Como a Turquía.

TIRRENA Vamos a la Corte, Sancho.

SANCHO No, sino al infierno.

TIRRENA Viva
mil años yo entre sus penas,
y entre estas flores, ni un día.

Vanse, sale Ricardo y Nuño y la reina.

RICARDO El secreto se guardó
como mandaste, de suerte
que desconoció la muerte
las manos en quien llegó,
valerosas y advertidas.

NUÑO ¡Fuerte rigor!

REINA ¿En efeto
murió?

RICARDO Con igual secreto,
si no hablaron las heridas.
De una montaña en la falda,
víctima a tu honor le ofreces,
atravesado mil veces
del traidor pecho a la espalda.

REINA (Ya la piedad de mujer
quiere culpar mi rigor;
mas, ¡ay, venganzas de honor,
qué fuerte es vuestro poder!).

NUÑO El pueblo temo en su muerte,
que era el conde muy amado
de todos.

REINA No os dé cuidado,
puesto que es airado y fuerte.
No se entienden con los reyes,
las leyes, que su derecho
consiste siempre en el hecho
de las armas, no en las leyes.
Esta es la razón de estado
que ensancha las monarquías.

RICARDO [*Aparte*]. (Borrad, esperanzas más
tan ofensivo cuidado.
Locura es desesperar,

que, en la fortuna que intento,
tal vez el atrevimiento
ocupe el primer lugar).

REINA ¿Qué responde el rey?

RICARDO Abrí,

gran señora, vuestro pliego;
vi lo que ordenaba, y luego,
a besar la mano fui
a Teobaldo, y sabe el Cielo
que antes de hablarle quisiera
que el último paso diera
mi vida. Cúbreme un yelo
de imaginar que ha de oír
vuestra alteza su respuesta,
y a mí me aflige y molesta
pensar que la he de decir.
Recibiéronme en Pamplona
deslucidos hijosdalgo,
que del color de los reyes
se visten los cortesanos.
Eché menos por las calles
aquel general aplauso,
que en las bodas de los reyes
suelen hacer los vasallos.
Vi las ventanas cerradas,
desocupados los pasos
más estrechos, los oficios
en su ejercicio ocupados.
Como si un villano fuera
de los Perineos altos,
entré sin hacer rüido,
viéronme sin hacer caso.
Matáronme aquella noche,
sin ocasión, dos criados,
que mi guarda y tu respeto
se desconoció en palacio.
Hablar quise en mi embajada,
y suspendiolo Teobaldo

algunos días, que yo
juzgué por prolijos años.
Al fin, señalome un día,
que el cielo cubrió de pardo,
que es justo que en sus ofensas
le vista el sol de villano.
Resuelto, en fin, gran señora,
como injusto, aleve y falso,
tu casamiento desprecia.
Llamó a mi verdad engaño;
díjome, sin querer ver
del mismo cielo el retrato
en el que yo le llevaba
de ese rostro soberano:
«Ya sé, Ricardo, que es fea,
no discreta, y de más años
que decís. No han de engañarme
pintores apasionados».
Respeto, vida y cordura
aventuré, y con la mano
puesta en la espada, más fiero
que baja el temido rayo...
Nuño te podrá decir
lo que dije.

NUÑO ¡Bravo caso!

¡Que he de ayudarle a mentir!

REINA Ya sé que tenéis, Ricardo,
valor. El rey, ¿en efecto
me desprecia, y en mi agravio
dice que soy vieja y fea?
No me ofrece desengaños
mi espejo, sino lisonjas,
que, siendo amigo tan claro,
verdades que le pregunto
me ha negado algunos años;
no tantos como el rey dice,
que se ha engañado Teobaldo.

Ya busco satisfacción
a esta ofensa.

RICARDO No la hallo,
si no es casarte.

REINA Está bien.

RICARDO Porque tu esposo gallardo
te venga.

REINA Ya hice elección.

RICARDO ¿De quién?

REINA Del mismo Teobaldo.

Él ha de ser mi marido,
si los Cielos, si los astros
no lo niegan, y en su favor
disponen ya lo contrario.
¿Quién me despreció por fea?

NUÑO Este es el mayor agravio
que siente.

REINA Siendo su esposa,
si no conoce su engaño,
tendrá a lo menos castigo
de verse necio y casado
con la misma que desprecia.
Alístense mis soldados,
salga en campaña mi gente,
hagan los parches pedazos,
del bélico son los ecos
repitan los montes altos,
y, atemorizando el mundo,
a Navarra ponga espanto;
sabrán que el arnés luciente
mejor que el cabello tranzo;
que aún no la ha trocado el tiempo
en plata de sus agravios,
al oro que le enriquece,
de que ofendida me hallo.

RICARDO Oiga: advierta vuestra alteza
que será más acertado
que se case en Aragón,

pues tiene tales vasallos,
que el amor de ellos excede
en valor al rey navarro;
casada será mejor
que se vengue.

REINA ¿Y si entre tanto
me olvido de sus ofensas?

RICARDO Cásese luego.

REINA Ricardo,
eso quiero hacer.

RICARDO Yo sé
de alguno que iguala a cuantos...

REINA [*Aparte*]. (Ya entiendo a este majadero;
iqué necio y qué confiado!
quiere que le elija a él).
Vuestro consejo, Ricardo,
estimo; casarme quiero,
pero ha de ser con Teobaldo.

Vase.

RICARDO Cielos, si mi vida os cansa,
¿para qué la guardáis tanto?

Vanse y salen el conde, de galán, y Sancho, de lacayo, vestido graciosamente.

CONDE ¿Cómo te va, Sancho?

SANCHO Mal;
el cielo me dé paciencia.

CONDE Hay, Sancho, gran diferencia
desta seda a aquel sayal.

SANCHO Dios, Ramiro, os lo perdone,
que yo me estaba mejor
con mi sayo pecador,
por más que el justo me entone.
Decid: ¿fue buena amistad
engañarme?

CONDE ¿Qué te admira?

SANCHO O que fue aquello mentira,
o que no es esto verdad.

CONDE Diferente es mi suceso.

Yo vine, Sancho, a morir.

SANCHO ¡Que en comenzando a servir
pierdan en la Corte el seso!
Mas débese de llamar
privanza, porque este viento
los priva de entendimiento;
esto pienso que es privar,
pues con tener la subida
incierta, si peligrosa,
no tiene el mundo otra cosa
de todos tan pretendido.
No hay judiciario adivino
que estas locuras concierte.

CONDE ¡Ay Sancho! De aquella muerte
que con valor peregrino
me libró, fue por matarme
con penas y con desdenes.

SANCHO ¿Ese es todo el mal que tienes?

CONDE Y de quien no sé librarme.

SANCHO Para estar más consolado
en tu mal, yo te aconsejo
que te mires al espejo
del más dichoso casado.

CONDE Juzgué con bienes de amor
en la luna mi fortuna.

SANCHO Bienes de amor, y en la luna
tendrán manguantes de honor;
y pues hoy estás en ella,
mandando el reino (que el rey,
por su gusto, que es la ley
que las demás atropella,
te puso en tan gran privanza,
que aun él mismo te obedece,
y con él nadie merece

más que de tu gracia alcanza),
 si no te quieres perder,
 huye de amor, pues te advierto
 que es el camino más cierto
 de tropezar o caer.

CONDE Al revés me aconsejabas,
 juzgando con otra ley.

SANCHO Eres muy pobre, y del rey
 en obligación no estabas.

Sale un criado con un papel y unas consultas.

CRIADO Aquí tiene vueseñoría
 las consultas y un papel
 de su alteza.

CONDE Veré en él
 lo que manda.

SANCHO Cortesía
 sin ocasión y escusada.

CONDE Luego es razón que los vea.
 Dejadme solo los dos.

CRIADO Gran ministro.

SANCHO Plega a Dios
 que muchos años lo sea.

Vanse, y siéntase el conde en una silla junto a un bufete, en que hay recado de escribir y abre el papel.

CONDE [*Lee*]. «Con el rey de Castilla, Alfonso, tengo efetuado el casamiento de mi hermana. Ofrecile en el contrato ciertas tierras, que alega pertenecerle. Querría escribirle que tome la posesión de ellas y señale el día de sus bodas. Fíolo de vuestro ingenio; haceldo luego, y buscadme en el cuarto de mi hermana.—*Yó, el Rey*».
 ¡Hasta aquí pudo llegar
 mi dicha! No acierto en nada;

ya está la sentencia dada:
amor, morir u olvidar.
¿Qué he de hacer? Quiero asistir
a mi obligación; celoso,
favorecido y quejoso,
no he de acertar a escribir,
que este espantoso cuidado
me acobarda. Quiero hacer
la cruz; pesada ha de ser,
si la del alma traslado.

Sale la infanta, y desde aparte le mira y habla.

DOÑA BLANCA La ocasión que he deseado
hallé. ¡Qué temeridad
intento! Honor, perdonad;
por lo menos, desde aquí
veré donde me perdí
a manos de mi piedad.
Solo está escribiendo; quiero
verle bien, que vivo apenas
te vi. Desangradas venas,
¡cuán otras os considero!
Sin duda que es caballero,
que aquel talle, aquellas manos
no nacen entre villanos;
y si no es noble mi bien,
príncipes hacen también
los príncipes soberanos.
Hidalgos, nobles y leyes
hace el rey, y en vez alguna
deja de ser su fortuna
la voluntad de los reyes.
Deja de seguir los bueyes
con tardo paso el villano
y sin darle el rey la mano,
con sólo acordarse dél,
ciñe su frente el laurel

que no alcanzó el cortesano.
Mucho importa, o es amor
lo que escribe y le suspende.

Escribe el conde, y dice:

CONDE «Vuestra majestad, si entiende:»
¿Hay disparate mayor?
«Si entiende», dice en rigor; [*Bórralo*]
¿es locura o necedad?
«Sepa Vuestra Majestad...».
Peor; que escriba es forzoso. [*Borra*].
¿Qué diré? Que estoy celoso
y escribiré la verdad.
«Quise, obedeciendo...». Así
comienza bien; «brevemente
dar la posesión...». No intente
mi pluma pasar de aquí,
que posesión contra mí
viene a ser todo; y, en suma,
porque volar no presuma
ni alargue la pretensión,
que tiene ya posesión
escribieron lengua y pluma.

DOÑA BLANCA Tal borrar... Yo he de saber
qué es esto; quiero llegar,
que no puedo aventurar
más que en dejarlo de ver.

CONDE El papel he de romper,
pues «posesión» escribí. [*Rómpele*].

DOÑA BLANCA Ramiro, ¿no estaba aquí
mi hermano?

CONDE Aquí me escribió
que a tu cuarto fuese yo
a hablarme y buscarme a mí.

DOÑA BLANCA Pues évos sólo despacháis
y escribís, ya tan privado
del rey, que en el mismo grado

que él mismo el reino mandáis?
Fineza es grande; priváis
dignamente con mi hermano,
que el buen ministro, esto es llano,
del rey aquellos efetos
que quiere que estén secretos,
han de pasar por su mano.
Vuestra letra quiero ver;
dadme ese papel.

CONDE Señora,
tú misma dijiste ahora
cómo el secreto ha de ser.

DOÑA BLANCA Yo no pretendo leer. [*Aparte*].
(Honor, ¿dónde te abalanzas?).
Borrones, rasgos, mudanzas,
ya de plumas, ya de intentos.

CONDE Para borrar pensamientos
rasgaba las confianzas.

DOÑA BLANCA Rasgarlas no es valentía;
sustentarlas, sí. ¿En la Corte
hay quien lo que vos importe,
ni el sol al nacer del día?
¿Pensaréis que es bazaría
desconfiar, estimado?

CONDE Si me viera en ese estado,
condenara el desvarío;
pero pues yo desconfío,
bien sé que soy desdichado.

DOÑA BLANCA Lo que rasgáis quiero ver.

CONDE ¿Juntar los pedazos quieres?

DOÑA BLANCA Sí, que somos las mujeres
muy amigas de saber.

CONDE No acertarás a leer,
por ser en esta ocasión
la tinta de ese borrón
noche, aunque de sol presuma:
de un ronco cisne la pluma,
y el papel, del corazón.

Toma doña Blanca los pedazos del papel roto, y valos juntando y leyendo.

DOÑA BLANCA ¿Dice «posesión»? Sí, sí;
que ya la tendréis entiendo;
y aquí, «quise, obedeciendo»;
«brevemente», dice aquí.
Ya vuestros borrones vi
y pues os mandan amar,
obedecer y callar
es justo. [*Aparte*]. (No acierta en nada
quien busca, deslumbrada,
lo que no quisiera hallar).

CONDE Eso que ves escribí
a Alfonso, su majestad.

DOÑA BLANCA La satisfacción le dad
a quien le importa, que a mí
no hay para qué.

CONDE Si es así
que el pecho, el alma tenías
en otra parte, ¿qué vías
por tantas bocas abiertas,
sino unas entrañas muertas
sobre sus cenizas frías?
¿Por qué contra el bien de verte
suspende tu voz el viento,
no leona en darme aliento,
sino en procurar mi muerte?
Si es matar de cualquier suerte
fin del rigor más airado,
claro está que has deseado
mostrar que fue tu piedad
fin de otra mayor crueldad,
que el morir ya era pasado.
No es hazaña de estimar
de la deidad no ofendida,
resucitar y dar vida
para tener que quitar. [*Aparte*].

(Amor me ha de despeñar
 contra el sello que me dio
 Sancho. «Quien habló, pagó». [*Mira la sortija*].
 Ya mudo quiero sentillo).

DOÑA BLANCA [*Aparte*]. (Olvidó Sancho el anillo;
 mal el secreto guardó;
 no me pesa). ¿Todavía
 hacéis borrones? ¿A quién
 habláis?

CONDE A un soñado bien
 que resucitó algún día
 la muerte, esperanza mía;
 sueño al fin y sueño leve,
 si pudo en tiempo más breve
 enriquecerme tan franca
 fortuna con una Blanca
 de jazmín, de rosa y nieve.

DOÑA BLANCA Borrada, que escribís sin tiento,
 y rasgad la confianza,
 si es hija de la privanza
 que os comunica ese aliento;
 no pase el atrevimiento
 a castigo.

Vase.

CONDE A Dios pluguiera,
 cielo hermoso, hermosa fiera,
 que cuando me hallaste muerto
 no honraras aquel desierto
 y vivo que no te viera.

Salga Sancho, aprisa, y luego, el rey.

SANCHO El rey te busca.

REY Ramiro.

CONDE Señor.

REY Hablarte quería.

- CONDE Creces la fortuna mía
con los favores que admiro.
- REY Eres vasallo fiel.
- CONDE Tu esclavo soy.
- REY ¿Escribiste
a Castilla? ¿Respondiste
a Alfonso?
- CONDE Vi tu papel,
en que escribir me mandabas:
pero yo no me atreví.
- REY ¿Por qué ocasión?
- CONDE Advertí,
aunque de mí lo fiabas,
que, habiendo de ir de tu mano,
ningún ingenio es tan dino,
por ser, si no eres divino,
tan divinamente humano.
- REY Eres muy cuerdo. En efeto,
debo estarte agradecido,
como por ser bien servido,
por mostrarme a ser discreto.
Bien dicen que está obligado
el rey a tener consigo
un particular amigo,
y este ha de ser el privado.
En este lugar te tengo,
y pues hago confianza
del gobierno de mi reino,
del cuidado de mi casa,
solamente de tu ingenio,
que te ha llegado a mi gracia,
por tu estrella que me inclina,
por tu valor que me llama,
quiero fiarte, Ramiro,
todo el secreto del alma
para que estimes mi amor,
pues te obliga mi privanza.
Yo quiero bien a Violante,

reina de Aragón, por fama
de su belleza y virtudes,
aunque esta tal vez engaña.
Quise casarme con ella,
y al tiempo que lo trataba,
enamorado y gozoso,
supe, ¡ay cielos, qué desgracia!,
que amaba al conde de Urgel:
aunque de su sangre y casa
pudo ofender su opinión,
que hasta los cielos llegaba.
En fin: el conde, atrevido,
necio amante, le dio causa
para mandarle dar muerte,
quejosa de su alabanza,
pues publicó sus favores;
mas no pudo ejecutarla
con tan prudente secreto,
que en Castilla, Italia y Francia
no lo supieran sus reyes,
que al mismo tiempo trataban
de su ilustre casamiento.
Burladas sus esperanzas,
todos dejaron, Ramiro,
pretensión tan engañada,
y en este tiempo Violante
a ser su esposo me llama.
Si fue ofensa, tú lo juzga,
y si debiera estimarla;
demás que supe también
que injustamente engañaban
los pinceles a mis ojos
con lisonjera alabanza,
puesto que es menos hermosa
que la pintan la distancia
que hay de Navarra a Aragón,
que nos dividió las almas.

CONDE ¡Qué extraña traición, señor!

No prosigas, que la agravias,
si bien su valor no ofendes,
aunque tu engaño dilatas.
Mintió el falso caballero
que la ofendió, no su fama,
que esta sube a las estrellas,
y pudiera estar más alta.
A las manos de la envidia
murió el conde, no por causa
tan indigna de su nombre.
Honesto fue su privanza,
y tú estimarla debieras
para reina de Navarra,
si debo crédito justo
a cuantos della me hablan.

REY Pues ¿podiera yo casarme,
Ramiro, si hubo esta fama?

CONDE No, señor; que a tu grandeza,
como el mismo Cielo intacta,
ha de ser en la opinión
quien la merezca, aunque estabas
obligado a averiguarlo.

REY Era hacer propia la causa,
y ajena me está más bien.

CONDE Digo que, por no agraviarla
tras la información primera,
tan sospechosa, acertaras
en procurar hacer otra
concretamente, y si hallas
que es verdad, seguir tu intento,
y castigar si te engañan.

REY Dices, Ramiro, muy bien;
yo confieso que fue tanta
mi pasión, que me cegué
de enojo.

CONDE Pues ya es pasada,
envía a quien con secreto
lo sepa.

- REY Esa confianza
de ti sólo quiero hacer.
- CONDE Por cristal ves mis entrañas.
- REY Hoy has de partir.
- CONDE Al punto.
- REY Que si tú verdad ensalzas,
a Violante restituyes
su honor, y a mí toda el alma.
- SANCHO ¿Así se pasa su alteza
sin ver? ¿No le sobra nada
que dar a quien tanto tiene?
- REY ¡Oh Sancho! ¿Cómo te hallas
en la Corte?
- SANCHO Mal, señor,
porque no como en tu casa
sino esperanzas, manjar
de poquísima sustancia.
- REY Quéjate de don Ramiro
si otra posesión no alcanzas,
que cuantas él te conceda
tendrás.

Vase el rey.

- SANCHO Tus reales patas
beso más de treinta veces.
- CONDE Sancho amigo, escucha, aguarda:
en ti mi remedio estriba;
pero temo...
- SANCHO ¿Por qué agravias
mi lealtad, noble Ramiro,
con esas desconfianzas?
- CONDE Como te fié la vida,
hoy quiero fiarte el alma,
o todo el secreto della.
- SANCHO Tuyo soy; prosigue, acaba.
- CONDE Yo soy el conde de Urgel,
en quien fortuna contraria

a los pechos de la envidia
alimentó las desgracias.
Del conde don Pedro Anzures,
cuya lealtad en su patria
túmulos tiene, y altares
por todo el orbe su fama,
soy tercer nieto; la reina
de Aragón, mi prima hermana,
a quien ausente venero,
si rigurosa me agravia.
Desde la edad que anochece
sobre aborrecida plata
a la que amanece y brilla
tan agradecida el alba,
fui en Aragón bien querido:
celebráronse mis galas,
honré las paces con fiestas
y las vitorias con armas.
Tuve un deudo, y si la envidia
toca en sangre, no hay tan brava
fiera, ponzoñosa y triste,
y más con desconfianzas.
Este ambicioso, corrido
de ver que yo me llevaba
la voz del pueblo, y quizá
con otra vil esperanza,
intentó darme la muerte,
que enterneció las montañas,
dejándome cual me hallaste.
Quisiera entre peñas pardas
pasar en tu compañía
la que gocé en tu cabaña;
mas temí, que el perseguido
tiene siempre a la garganta
la ira del ofensor,
cuchillo que le amenaza.
Sirvo al rey, y quiere ahora
que a Aragón parta mañana

sólo a aventurar mi vida
por ciertas sospechas falsas.
En tu cabaña estaremos
los días o las semanas
que en ir y volver pudiera
ocupar.

SANCHO ¡Famosa traza!

Tu historia a piedad me mueve.
Ven, señor; ordena y manda,
que en mí hallarás el que fui.

CONDE ¡Oh verdad divina y santa,
qué ofendida vives siempre
en las cortes, y qué amada
en los montes, donde asistes
hasta que a los cielos pasas!

JORNADA TERCERA

Salga por una puerta acompañamiento, el rey y la infanta doña Blanca, y por otra, el conde y Sancho, de camino.

SANCHO Aquí están sus altezas.

REY Seas, Ramiro,
bien venido.

CONDE Señor, si a veros llego,
feliz suceso aquí dichoso aspiro;
que vengo bien he conocido luego
que besé vuestros pies.

REY De nuevo admiro
tu valor.

CONDE El alma que os entrego
os dirá cómo os sirven mis lealtades.

REY ¿Supiste de verdad?

CONDE Y mil verdades.

Llegue a Aragón al tiempo que salía
la reina antes que el sol, como su aurora,
dando hermosura al campo, luz al día,
ya de todo divina vencedora.
Numeroso escuadrón, que ordena y guía,
luciendo arnés, que con los rayos dora
del cabello que esparce por el viento,
su beldad me dijeron y su intento.
De tus desprecios, gran señor, quejosa,
sus gentes mueve con valor divino,
y el limpio acero ciñe valerosa,
ya retrato de Palas peregrino;
piensa, señor, que estaba más hermosa

cuanto más enojada la imagino;
 extremo de beldad que la asegura
 ni el enojo escurece la hermosura.
 Veloz caballo oprime, hijo del viento,
 criado en las riberas andaluces,
 blanco, por ser del sol, en cuyo asiento,
 salió, dando a la Tierra nuevas luces.
 Temblaran de su brío y ardimiento
 con que alentaba sus cristianas cruces
 cuantas moriscas lunas tiene España
 hasta la gran ciudad que Genil baña.
 Llegó Violante al Ebro; el claro río
 suspendió de sus aguas la corriente;
 cuajó el vapor, en vez de otro rocío,
 perlas que guarnecieron el Oriente;
 coronó de jazmín a su albedrío
 y de claveles la sagrada frente;
 vuelve la primavera a sus pensiles
 vertiendo rayos, derramando abriles.
 ¿Qué le podré decir a vuestra alteza
 de su hermosura, pues me atrevo en vano,
 que ha de anegar el mar de su belleza
 la misma esfera del ingenio humano?
 Si la estampa rompió Naturaleza,
 ¿quién posible juzgó la autora mano
 de perfección igual? Mal me desvelo,
 que el Cielo ha de acabar lo que es del Cielo.

Dale un retrato.

REY [*Aparte*]. (Yo admiro en tu retrato su hermosura).

DOÑA BLANCA (¡Notable encarecer! Si el alabarla
 hace de amor, terrible desventura).

REY (Entre pintura vuelvo a contemplarla).

DOÑA BLANCA (Viola: es hermosa; hoy muere mi cordura
 a manos del silencio. Sufre y calla,
 cobarde corazón, si entonces fuerte
 diste la vida a quien te dio la muerte).

CONDE Informeme de todos con secreto;
supe que vive el conde, y que, atrevido,
al Cielo, a su valor, a su respeto
noble, un traidor cobarde, fementido,
la causa fue de tan contrario efeto.
Con su engaño a los tres os ha ofendido:
a ti, a la reina, al conde, porque todos
pueden quejarse por diversos modos.
La reina, de la ofensa que le has hecho,
sintiendo mal de su virtud; el conde,
del nombre indigno de su noble pecho,
si el castigo a la culpa corresponde;
tu alteza, puesto en tan notable estrecho
con tan furiosa guerra, pues, a donde
llega con tal poder la reina, luego
publica su rigor a sangre y fuego.

REY Forzosos son, Ramiro, mis enojos,
porque podrá Violante hacerme guerra
con los hermosos rayos de sus ojos
más que con sus soldados en mi tierra.
Publique su vitoria los despojos
que en mi rendido pecho amor encierra,
después que tu alabanza y mi deseo
deshacen el engaño en que me veo.
Salga mi gente, no a estorbarle el paso,
a prevenirle, sí, dichosa entrada.
Llegue el sol de Aragón a hacer su ocaso
en mis brazos, pues bella, aunque enojada,
piadosa sentirá que ya me abraso
con alma amante agora, si culpada
de aquellos pensamientos atrevidos,
que amor hiere también por los oídos.
Mi general te nombro en esta empresa,
y yo he de ser, Ramiro, tu soldado.
Priesa me da el deseo, date priesa;
hoy al campo saldrás, y yo a tu lado.
Tu aumento empieza, y mi cuidado cesa,

si me conduces donde, disfrazado,
pueda ver a la reina.

CONDE Soy tu hechura.

REY Ven, y dirasme más de su hermosura.

Hermana, adiós.

DOÑA BLANCA Él guarde a vuestra alteza.

Vase el rey y acompañamiento.

SANCHO Señor, la reina viene.

CONDE ¿Quién lo ignora?

Cierto aviso he tenido.

SANCHO Tu agudeza

sola pudiera haber fingido agora

el viaje que has dicho.

Vase andando el conde poco a poco, y la infanta mirándole.

DOÑA BLANCA (¿Otra belleza

ha de escuchar que alabe quien le adora?

¿Lo que no pudo amor, piadosos cielos,

contra mi honor, han de poder los celos?).

Ramiro...

CONDE Señora mía...

DOÑA BLANCA ¿Adónde vais?

CONDE A servir

al rey. Voy a prevenir

mi partida, que me envía

su alteza a estorbar el paso

a la reina de Aragón.

DOÑA BLANCA Notable satisfacción

tiene de vos. [*Aparte*].

(Yo me abraso).

Si es como vos la pintáis,

es intento temerario,

que para tan gran contrario

poca defensa lleváis.

Aunque es tal vuestro valor,

no sé si acierta su alteza
que tan superior belleza
es fuerza matar de amor.

Lástima tengo de vos,
y así, el peligro os advierto.

CONDE Ha tanto que amor me ha muerto,
que yo imagino, por Dios,
que ya no ha de hallar en mí
vida que poder quitar.

DOÑA BLANCA Sí, porque tanto alabar
eso mismo dice aquí.
Los bellos soles, los ojos
tiraron rayos o flechas
que, yendo al alma derechas,
dieron mortales enojos.
O todo el divino cielo,
digo, el rostro que retrata
su hermosura...

CONDE Quien me mata
es fuego que cubre un yelo,
un cielo hermoso y sereno
que en mí fulmina rigores,
un áspid entre las flores,
y en vaso de oro un veneno.

DOÑA BLANCA ¿Tanto rigor?

CONDE ¡Ay de mí!

Vuélvese a ir el conde.

DOÑA BLANCA (Honor, con celos no puedo
resistirme; mas mi miedo
me anima; yo me perdí). [*Detiéndose el conde*].
Ramiro, oye, espera
el ligero curso,
que pueden sospechas
lo que amor no pudo.
Piérdanse los reinos,
ya los aventuro,

que es vida del alma
el vivir con gusto.
Publiquen mis males
las penas que sufro
desde que mis bienes
te hallaron difunto.
Reconoce, ingrato,
adorado injusto,
que huyes en vano,
si en vano te busco.
Negar sus pasiones
supiéronlo muchos;
sospechas ni celos
no supo ninguno.
Sepan que te adoro,
publíquelo el mundo;
morir por callar
no es buen disimulo.
Mi bien, no te ausentes,
que en tan fuerte punto
llorarán mis ojos
efetos tan suyos.
Cantarán entonces
sobre arroyos turbios
viudas tortolillas
llorados arrullos.
Parece que ya
al alba madrugo,
bañando ellas rosas
y yo eterno luto.
A Aragón te vas,
¡ay Dios!, no te culpo,
que es Violante hermosa
y alábasla mucho.
Si de mí te acuerdas,
que llegues, presumo,
ciego para verla,
para hablarla mudo.

No busques mi muerte
cuando el alma ocupo
contemplando ausente
las glorias que tuvo.

CONDE Hermosa señora,
por quien el buril
del sol en su esfera
se afrentó de sí.
Milagrosa imagen,
que entre oro y marfil
tocó la azucena,
retocó el carmín;
cazadora de almas,
¿quién podrá huir?,
que es cebar con gloria
generoso ardid.
Cuando muerto estuve,
mi bien, sin sentir,
vos, vida, y yo, alma,
nos dimos allí.
Pagué de contado;
ya, ¿qué me pedís?
Sin alma y sin vos,
¿qué he de ver ni oír?
No se vista el sol
de ajeno turquí;
dejadlo a mis ojos,
que van a morir.
Soberana infanta,
mi gloria, advertid,
si vos os quedáis,
que yo voy sin mí.
El rey, mi señor,
me manda partir.
Amor, que no parta,
y vos, ¿qué decís?
Llorar puede el sol;
cerca está mi fin,

que el rigor la espada
colgó en mi cenit.
Bien hayan los celos,
bienes para mí;
bien haya la ausencia,
pues puedo decir
que gozo por ella
lo que no creí.

Sancho, que está suspenso, dice, mirando al paño.

SANCHO Hermosa Tirrena,
escúchame tú,
que también me ausento
vestido de azul.
De satisfacción
no llevo un almud;
de sospechas sí
que llevo un baúl.
Quisiste la Corte,
forzosa inquietud,
donde hallar pensaste
riquezas del Sur.
Defiéndete, amiga;
mira la virtud,
que en la Corte hay gente
de Cafarnaún.
No quieras que yo
pierda la salud
si no sé la «pe»
por saber la «cu»;
ni que en nuestros montes,
casado avestruz,
digiera tinteros
en mi juventud.
Dicen que los pastos
son ya de común;
cásese con esto

algún Belcebú.
Si del caracol
no llevo el testuz,
que lo temo juro
a Dios y a la Cruz.

CONDE Cuando fortuna y valor,
del uno el otro envidioso,
quieren hacerme dichoso,
es mi desdicha mayor.

DOÑA BLANCA En tan dudoso quedar,
en tan forzoso partir,
¿qué has de hacer por mí?

CONDE Morir.
¿Y tú, en mi ausencia?

DOÑA BLANCA Penar.

CONDE Muerto voy.

DOÑA BLANCA Sin alma quedo.
Mi bien, ¿volverás?

CONDE Mi bien,
adiós.

DOÑA BLANCA Adiós.

SANCHO Yo también
voy muerto; mas de miedo.

Vanse el conde y Sancho, y queda doña Blanca.

DOÑA BLANCA Fuese, al fin. Ya que mi estrella
me inclinó; ya que, homicida,
le di a Ramiro la vida
porque me mate con ella;
si ya mi honor y recato
quitaron a Amor la venda;
si no temo que se entienda
el bien que estimo y que trato,
¿cómo en tan dudosa calma
dejo que parta? ¡Ay, sospechas,
flechas de amor! ¡Qué derechas
llegáis penetrando el alma!

Vuelve a salir Sancho.

SANCHO ¿Volvió el conde a estar aquí?

DOÑA BLANCA ¿Qué conde?

SANCHO ¿Qué hice?

DOÑA BLANCA Responde:

¿no vienes buscando al conde?

SANCHO ¡Yo buscando al conde!

DOÑA BLANCA Sí.

SANCHO Por Ramiro preguntaba.

(La lengua se deslizó,
que está en agua, y descubrió
el secreto que guardaba.
¡Pesar de mí!).

DOÑA BLANCA Aguarda, espera...

SANCHO Vuelvo, señora, a buscar
a Ramiro.

DOÑA BLANCA Quiero hablar
contigo.

SANCHO Estará allá fuera
esperando, mi señora,
que hoy nos hemos de partir.

DOÑA BLANCA Primero me has de decir...

SANCHO Voy con mucha prisa ahora.

DOÑA BLANCA Sola una verdad.

SANCHO Ninguna
puedo saber que te importe:
cuanto ha que estoy en la Corte
no he llegado a alcanzar una.

DOÑA BLANCA Toma esa cadena.

SANCHO ¡Fuerte
ocasión! ¿Cebo me pones?
No saldré de tus prisiones.

DOÑA BLANCA ¿Es Ramiro conde?

SANCHO Advierte:
este es el conde de Urgel;
no Ramiro: don García

es su nombre. (¡Ah lengua mía,
qué poco habéis sido fiel!).

DOÑA BLANCA Pues ¿cómo tú lo has sabido?

SANCHO Cuando a Aragón le mandó
partir el rey, se quedó
en mi casilla escondido,
y me contó de la suerte
que la reina de Aragón,
a fuerza de una traición,
intentó darle la muerte,
donde llegó tu piedad
a darle la vida.

DOÑA BLANCA Admira
su historia.

SANCHO De su mentira
he sacado esta verdad.
Si me ha engañado, y te queda
algo por saber, mejor
lo sabrás dél.

DOÑA BLANCA [*Aparte*]. (Necio amor,
ya no hay más mal que os suceda).

SANCHO ¿Ireme?

DOÑA BLANCA Tú eres discreto:
no le digas nada al conde.

SANCHO Como en un mármol se esconde
en mí, que soy muy discreto.

DOÑA BLANCA Vete con Dios.

SANCHO Él te guarde.

Vase Sancho.

DOÑA BLANCA ¿Adónde vais, confianza,
si ya con necia alabanza
hará de mi amor alarde?
Mi atrevido desvarío,
¿qué espera de un necio amante?
Si del favor de Violante
se alabó, ¿qué hará del mío?

¡Triste de mí, que se fue,
que se alaba, que ha querido
a la reina, que he perdido
la esperanza, que le amé!
¿Daré voces que en mi agravio
suspendan los aires? ¡Cielos!,
¿diré mi amor, o mis celos?
¿Que fui necia, o que no es sabio?
¿Quejareme al rey, mi hermano?
¡Ay de mí! ¡Qué loco error!
Si ya le dije mi amor,
que ya le publique es llano.
¡Cielos!, ¿cómo en un sujeto
cabén traición y nobleza,
en mal ingenio agudeza
y en fácil lengua secreto?
¡Qué rigurosos enojos!
¿Por qué, Cielos, ofendidos,
no tapasteis sus oídos,
o no cegasteis mis ojos?
En vano lloro y suspiro.
¿No fuera mejor morir?

Sale Estela.

ESTELA ¿No quisiste ver partir,
 señora, al galán Ramiro?
 Salió gallardo, y con él
 dicen que va de secreto
 el rey.

DOÑA BLANCA ¡Qué amoroso efeto!
 Fue siempre el conde de Urgel
 un gallardo caballero.

ESTELA ¿Ramiro es conde?

DOÑA BLANCA ¡Ay de mí!
 Estela no estaba en mí.
 ¿Qué haré? ¿Qué remedio espero?
 Qué, ¿se ha partido mi hermano?

ESTELA A Aragón dicen que va
por la posta.

DOÑA BLANCA ¿Dónde está
mi resistencia, que en vano
defiende? Llama, Estela,
en mi cuarto, a mis criados
todos. ¡Qué extraños cuidados!
No a todos: llama a don Vela
y a don Sancho.

ESTELA Al punto voy.

DOÑA BLANCA Cobardes atrevimientos,
que de varios pensamientos
me afligen. Muriendo estoy.
Conde, espera. ¡Qué bizarra
llegará tu estimación
a ostentar en Aragón
presunciones de Navarra!

*Vase y salen soldados marchando, y Ricardo y Nuño, con plumas
y bandas, y la reina doña Violante, con manteo y vaquero, espada
y sombrero con plumas, muy bizarra.*

REINA Los campos de Navarra son aquellos,
y este es postrero límite, soldados,
de Aragón, y ya espero ver en ellos
todos mis escuadrones alojados.
La ocasión me presenta sus cabellos,
puesto que los navarros, descuidados,
no de vuestro valor, de nuestra guerra,
no previenen defensas de su tierra.
Hoy su rey, atrevido cuanto necio,
tendrá de su locura el desengaño,
y yo satisfacción de su desprecio;
castigo justo de tan loco engaño.

RICARDO Yo, señora, que soy el que más precio
tu servicio, prevengo el grave daño
que puede resultar desta jornada,
que es ya menos dichosa que acertada.

No quieren rey los de Aragón, leales,
 extranjeros: su amor les llama y mueve;
 mira, señora, si a buscarle sales,
 qué medio has de tomar, que si se atreve
 con la ley que milita, en casos tales,
 teniendo a quien seguir la común plebe,
 fuerza padecerás, que el pueblo inquieto,
 en perdiendo el temor, pierde el respeto.

REINA Ricardo, ¿dónde está la valentía
 que tembló el africano en sus arenas,
 valor que ya con la opinión vencía
 ganado con la sangre de esas venas?
 ¿Cómo en su patria teme quien solía
 ser, ausente, temido en las ajenas?
 ¿Un villano tumulto os acobarda,
 que en deshacerse lo que en verme tarda?

RICARDO [*Aparte*]. (Por más remedios, ciego Amor,
 [que intento,

fuerte rigor de mi fatal estrella,
 no puedo disuadir su pensamiento.
 Si a casarme, ¡ay de mí!, llega con ella
 el rey, mis esperanzas en el viento
 se fundaron. ¿Qué haré? Violante es bella,
 grande mi amor, si su desdén extraño.
 Quiero valerme de otro nuevo engaño). [*A ella*].
 No tan sólo el navarro te ha ofendido,
 gran señora, negando tu belleza,
 al cielo de esos soles atrevido,
 que de tu honor la soberana alteza
 humilla, ofende, culpa inadvertido,
 puesto que hoy he sabido con certeza
 que vive el conde, y que con él milita,
 y en su venganza la opinión te quita.

REINA ¿El conde vive?

RICARDO Dile mil heridas;
 la menor, fiera y menos espantosa,
 para rendir por ella dos mil vidas
 en manos de la muerte rigurosa.

Andaban por el monte divididos
tropas de cazadores, y dudosa
fortuna me obligó a que le dejase
donde Teobaldo sin morir le hallase.
Hallose al fin, y con piedad impía
se le quitó a la muerte, deseando
saber la causa, que contó García
su gran maldad, sobre tu honor cargando.
Esta es la información que ya tenía
de tu grandeza y excelencias cuando
no dio audiencia Teobaldo, ya ofendido
de lo que fue por él tan pretendido.

REINA Disculpa tiene el rey si el conde aleve
tan falsamente le informó en ofensa
de mi opinión.

RICARDO Ya la pasión te mueve,
que no tiene tu agravio recompensa.
A tu deidad igualmente se atreve
quien lo cree, quien lo dice y quien lo piensa;
y así, señora, el rey te ofende al doble,
que más injuria y honra el que es más noble.

REINA Decís bien, y de mi villano conde,
atrevido a mi honor, pariente ingrato,
pues tan mal a su sangre corresponde,
de su nuevo castigo sólo trato
no de casarme ya. Si el rey le esconde,
no le podrá guardar con tal recato
que no llegue el cuidado a la venganza;
ya el Cielo me asegura esta esperanza.
Quien me entregare al conde, preso o muerto,
ese ha de ser mi esposo. Caballeros,
este es mi intento; ya délos advierto;
manchad en su vil pecho los aceros.
Por más seguridad de este concierto,
mi palabra real quiero ofrecerlos,
que, siendo noble, gozará mi mano
quien me diere venganza del tirano.
Haceldo publicar; sépanlo todos.

RICARDO Cuerdo consejo tomas. (¡Cielo santo!,
 ¿por qué pensados y diversos modos
 me das el bien que dificulto tanto?).

NUÑO Sangre ilustre me anima de los godos
 a tal empresa. No me causa espanto
 que se ampare del rey. Buscaré al conde
 si en sus senos la tierra no le esconde.
 Yo me parto a servirte.

Vase.

RICARDO Y yo, señora,
 nuevo valor ofrezco en tu venganza
 si corro cuanto el sol alumbra y dora. [*Aparte*].
 (Aunque va bien segura mi esperanza,
 pues muerto el conde, como es cierto, ahora
 mi nueva industria la corona alcanza.
 El cuerpo buscaré en aquel desierto,
 que basta que le traiga preso o muerto).

Vase Ricardo y queda sola la reina.

REINA Si es de mujer mi venganza,
 también es fuerte mi ofensa,
 pues no pueden mis piedades
 ni olvidarla ni temerla.

Sale Ximén, soldado.

XIMÉN De un caballo, hijo del viento,
 un caballero se apea,
 a quien tan sólo acompaña
 un criado. A vuestra alteza
 de parte del rey nos dice
 que quiere hablar.

REINA En mi tienda
 entre él no más.

XIMÉN Entrad solo,
que ya os aguarda la reina.

Salga el rey, solo, muy galán, con botas y espuelas.

REY Beso los pies, gran señora.

REINA Alzad.

REY (¡Divina belleza!

Poco la alabó Ramiro,
y mucho mintió su ofensa).
El rey, mi señor, señora,
dice... (¡Ay Dios, si dijera
un nuevo efeto de amor!).

REINA ¿Qué dice el rey?

REY ... que le pesa
de haberos dado ocasión
de que con tan dura guerra
le amenacéis, porque teme...

REINA ¿Qué teme?

REY ... morir en ella,
que es poderoso el contrario,
pues contra divinas fuerzas
no hay resistencias humanas,
si vuestra alteza pelea
con vivos rayos que abrasan,
con bellas luces que ciegan,
estos en soles hermosos,
y en claros cielos aquellas.

REINA Lisonjas después de agravios
no me obligan, pues me enseñan
que antes fueran alabanzas
las que ahora son afrentas.
Suspenda el temor el rey,
si no le espanto por fea,
que esta es la mayor batalla
que temió siempre su alteza.
Decilde que a las mujeres
muy pocos discretos llegan

con tan claros desengaños,
ni con verdades tan necias,
que aun del tiempo no lo sufren,
y que su alteza pudiera
dar otra causa a mi agravio,
si no más justa, más cuerda.

REY Direle al rey, ¡vive Dios!,
su necedad, vuestras quejas,
su engaño, vuestro valor,
su dicha y vuestra belleza.
Discúlpele que os adora,
y que ya rendido llega
a vuestros pies, donde, humilde,
vuestras vitorias confiesa.
Las cadenas de Navarra
os rinde, porque con ellas
al carro de amor le atéis,
que es dulce prisión que espera.
Esto os digo de su parte;
¿qué le diré de la vuestra?

REINA Que cuando pensé acabar
nuestros enojos, se aumentan,
puesto que al conde de Urgel
he sabido que en mi ofensa
ampara en su reino ahora.

REY Ha engañado a vuestra alteza
quien dice que el rey al conde
favorece, sabe o piensa
que esté en Navarra.

REINA Decilde
que hasta que el conde parezca
he propuesto no casarme,
y sólo quiero que sea
mi esposo quien me le diere
o preso o muerto en mis tierras;
si el rey estima mi mano,
búsquele.

REY Su diligencia

veréis, señora, y que estima
daros gusto; pero es fuerza
que aunque no parezca el conde
os caséis. Saber quisiera,
si esto no fuese posible,
qué hará por el rey la reina
de Aragón.

REINA Lo que os he dicho;
mi resolución es esta.

Vanse la reina y Ximén, y por otra parte sale el conde.

CONDE Cuidadoso me ha tenido,
esperando como queda
de sus enojos Violante.

REY Ni piadosa, ni severa,
y yo más enamorado;
es hermosa y es discreta.
Mintieron mis pensamientos
y mintieron mis sospechas,
mintió el vil que me engañó,
y miente quien no confiesa
que puso advertido el Cielo
todo su retrato en ella.

CONDE Según eso, mis verdades
ya tu desengaño aprueba;
dichoso he sido en servirte.

REY Y yo, Ramiro, lo fuera
si hoy mereciera su mano.

CONDE Pues ¿quién lo estorba?

REY Mi estrella.

Pídeme el conde de Urgel,
a quien dice que en mi tierra
amparo en ofensa suya,
y dice que está resuelta
en no casarse hasta tanto
que ya en su poder le tenga.
Con tan grande extremo sigue

este intento, que se entrega
a sí misma al que le diere,
preso o muerto, su cabeza.

CONDE ¡Gran rigor!

REY Y gran venganza.

Mujer al fin. ¡Quién supiera
del conde, Ramiro amigo,
que adoro ya su belleza!
¿No dijiste que vivía?

CONDE Dícese por cosa cierta
en Aragón; pero nadie,
después que quiso la reina
matarle, ha sabido dónde.
Solamente su inocencia
el pueblo publica a voces.

REY La de Dios habla por ellos.
Yo quiero poner, Ramiro,
mi vida y mi diligencia,
en buscar al conde.

CONDE Aguarda,
oye una traza, y ¡qué buena
para que logres tu intento!
La reina sólo desea
que perezca el conde, a fin
de que el vulgo, que condena
siempre por sus presunciones,
sin que la verdad entienda,
viendo que está vivo el conde
se satisfaga, y la ofensa
que ha padecido su honor
por tan indignas sospechas
por su majestad real,
cuyo nombre en las estrellas
tiene asiento, se castigue
conociendo el autor della.
El conde y yo, gran señor,
desde nuestra edad primera
nos criamos siempre juntos,

porque su vasallo era
mi padre. Dionos el Cielo
tal conformidad, que apenas
en nuestros rostros se vieron
conocidas diferencias:
mil veces por él me hablaron.
Finja ahora vuestra alteza
con la reina que soy yo
el conde, que ya me entrega
en su prisión, vuelva a hablarla,
que, en viéndome, será fuerza
que me tenga a mí por él,
y que en este engaño tenga
la satisfacción que busca.
Vos podréis desta manera
decir que ya habéis cumplido
con lo que pide, y que sea
vuestra esposa.

REY Aguda traza.

¿Y si acaso no conciertan
tus razones con las suyas
de la suerte que pudieran
las mismas del conde?

CONDE Yo

tuve curiosa advertencia
de saber todo el suceso,
y aseguro que la reina
no advierta el engaño.

REY Y dime:

luego que Violante sepa
que he sido yo quien la engaña,
de que tendrá justa queja,
¿no me ha de culpar a mí,
cosa indigna en la grandeza
de la majestad real,
que siempre verdad profesa?

CONDE Después de una vez casado,
ni la ofende vuestra alteza,

ni se ofende a sí. Demás
que en tan amorosas guerras
los ardides se permiten
cuando no valen las fuerzas.

REY ¡Oh, cuánto debo a tu ingenio!

CONDE [*Aparte*]. Hoy quiero dar a la reina
digno esposo, y mis lealtades
quiero que conozca y vea
a pesar de sus rigores.

REY Quiero volver a su tienda.

Ramiro, vamos.

CONDE Ya os sigo.

Amor me anima y te enseña.

Vanse, y vuelven a salir la reina y Ximén.

REINA ¿Qué dices, Ximén?

XIMÉN Que espera,
señora, el rey que le des
licencia de verte.

REINA Él es
todo extremos; no quisiera
que te engañaras, Ximén.
¿El rey en mi tienda?

XIMÉN Sí.

REINA ¿Vístele tú?

XIMÉN Yo le vi.

REINA ¿Y estás informado bien
de que es el rey?

XIMÉN Sus criados
lo dicen, y su persona,
bien digna de su corona,
asegura tus cuidados.

REINA Entre el rey. Poned aquí
dos sillas.

Sale la infanta, en traje de hombre, y don Sancho y don Vela, sus criados.

DOÑA BLANCA (¡Rara belleza!).

Deme a besar vuestra alteza
su mano.

REINA Démela a mí
vuestra majestad.

DOÑA BLANCA No en vano
a tan valiente enemigo
la pido, pues que le obligo
sólo con tomar su mano.
A mi amistad, que recelo,
y a tan peligrosa guerra,
no está seguro en la Tierra
a quien amenaza el Cielo.

REINA (Gallardo mozo es el rey,
y no parece tan necio
como mostró en su desprecio).
Yo debo por justa ley
estimar vuestra amistad,
pero no olvidar mi agravio.

DOÑA BLANCA Poco amante y poco sabio
ofendí vuestra deidad;
si bien fue justa, señora,
la causa de tal efeto.

REINA ¿Justa, señor?

DOÑA BLANCA Yo os prometo
que aún la estoy temiendo ahora.

REINA Según eso, ¿todavía
os parezco mal?

DOÑA BLANCA Por Dios,
que sois un ángel; de vos
hurta sus rayos el día.

REINA Pues ¿qué os obliga? ¿De dónde
nació el no haberme querido?

DOÑA BLANCA Dijéronme que había sido
mi contrario cierto conde,
a quien dio vuestro favor
atrevimiento en mi ofensa.

REINA Mucho se engaña quien piensa

tal bajeza de mi honor.
Hallé en el conde de Urgel
satisfacción para darle
mis papeles; quise honrarle,
pero luego que vi en él
tan bizarros pensamientos,
castigué sus confianzas,
y sus necias esperanzas
desvanecí por los vientos.

DOÑA BLANCA Qué, ¿era tan indigno el conde?

REINA Era mi vasallo, y tal,
que no estuviera a mí mal
hacerle rey. Ya os responde
mi verdad y su castigo;
testigos hago a los cielos.

DOÑA BLANCA Quiero asegurar mis celos
y que os declaréis conmigo,
y que tomemos acuerdo
en nuestras bodas.

REINA Si al conde
me entregáis, pues que le esconde
vuestro favor...

DOÑA BLANCA (Ya me pierdo).
¿No será mejor, señora,
que asegure mis temores,
ya que de vuestros rigores
se ha librado ausente ahora?
Tratad de mi pensamiento;
ya estoy rendido, por Dios,
a vuestros ojos.

REINA De vos,
de vuestro arrepentimiento
y vuestro honesto deseo
no podré quedar quejosa.

DOÑA BLANCA Por Dios, que sois muy hermosa,
y más mientras más os veo.
¿Qué os parezco yo?

REINA Muy bien;

que, aunque me quiera vengar
en vos, no tienen lugar
ni el desprecio ni el desdén.

DOÑA BLANCA Bésos por este favor
las manos.

REINA Vuestra he de ser.

Levántanse.

DOÑA BLANCA Mañana os volveré a ver.

REINA Y yo os espero, señor.

DOÑA BLANCA El Cielo os guarde.

REINA Id con Dios,
que ya con el alma os sigo.

DOÑA BLANCA Lo mismo es iros conmigo,
reina, que quedar con vos;
con tal igualdad podéis
fiar vuestro amor de mí.
En fin: ¿ya me queréis?

REINA Sí.

DOÑA BLANCA ¡Qué mal, señora, escogéis!

REINA Antes al Cielo agradezco
el poderos merecer.

DOÑA BLANCA Por Dios, que quisiera ser
eso mismo que parezco.
Vamos, don Vela.

DON VELA (Señora,
esto que emprendéis
me admira).

DOÑA BLANCA (Calla, que desta mentira
saqué una verdad ahora.
Muy presto sabrás mi intento.
Sígueme).

REINA Destos enojos
ni puedo apartar los ojos,
ni apartar el pensamiento.

Vanse doña Blanca, don Vela y don Sancho, y salgan por otra parte el conde y el rey.

REY No puede ya vuestra alteza
negar al rey, mi señor,
pues le merece su amor
el premio de su belleza.
Nadie después de ser él
tan digno de vuestra mano
os obliga, pues es llano
que ya os da al conde de Urgel.
Preso os lo entrego; llegad,
conde.

CONDE A vuestros pies estoy,
y el mismo que he sido soy
en nobleza y en lealtad,
y siempre humilde vasallo
vuestro.

REINA No, sino enemigo.
Pero ya que mi castigo,
por las ofensas que callo,
no puso fin a tu vida,
yo tengo mano y acero.

Empuña la reina la espada.

CONDE Venturosa muerte espero
con tan piadosa homicida;
pero sepa yo la culpa
porque tal castigo aguardo.

REINA Pregúntaselo a Ricardo.

CONDE Esa es mi mayor disculpa.
Pero para que la acierte,
preguntárselo es mejor
a su envidia, a tu favor,
primer causa de mi muerte.
Sabe mi inocencia el Cielo,
su engaño y la vil malicia
del traidor. A tu justicia
de tus rigores apelo.
Mira, si quiere ampararme,

que en trance tan peligroso
tu poder y un envidioso
aún no han podido matarme.

REY [*Aparte*]. (Bien finge Ramiro. El conde
ha pensado que es, sin duda.
¡Oh, cuánto el ingenio ayuda!
¡Qué bien a todo responde!).

CONDE Esto es verdad. Vuestra alteza
verá que no la ofendí.
Ricardo lo dirá así
o aquí tiene mi cabeza.

REINA [*Aparte*]. (Parece que ya en mi pecho
halla lugar su razón.
¡Oh primera información:
qué de venganzas has hecho
injustas! Ya he conocido
que le importa al poderoso
cuando escuchare un quejoso
guardar siempre el otro oído).

CONDE (¿Qué te parece, señor?
¿No finjo bien?).

REY (Por extremo).
¿Qué diré al rey? Porque temo
que no os obliga su amor.

REINA Todo el disgusto pasado
he puesto en perpetuo olvido,
si bien conmigo ha tenido
mucho de desconfiado.
A toda satisfacción
me ha querido por mujer,
pues hasta venirme a ver
no tomó resolución
de ser mi esposo.

REY (Por Dios,
que me ha conocido ya).

CONDE (Ya menos furiosa está.
Si quiere y queréis los dos,

que es lo mismo que desea,
vuestra alteza hable).

REY No ha sido
desconfianza; he querido
que también a mí me vea
vuestra alteza para dar
a sus ofensas venganza,
porque a donde el suyo alcanza,
¿qué valor puede llegar?
Mirad cuán lejos estoy
de ofender vuestra hermosura;
hoy, que llego a tal ventura,
podré decir que el rey soy. [*Cúbrese*].

REINA ¿Vos sois el rey de Navarra?

REY Parece que os ha pesado.

Yo soy.

REINA Pues hanme engañado.

REY Venganza ha sido bizarra.

REINA Digo que engañada he sido.

Salgan don Vela y la infanta, y en viendo al rey, deténganse.

DON VELA ¿Dónde vuelves?

DOÑA BLANCA A buscar
un hombre que he visto entrar.
¡Mi hermano! Yo me he perdido.

DON VELA El rey está aquí, señora;
¿qué habemos de hacer?

DOÑA BLANCA Don Vela,
no te turbes.

DON VELA Ya recela
mi temor.

DOÑA BLANCA Déjame ahora.
Digna reina de Aragón,
a quien se debe este nombre
por reina de la hermosura,
escúchame, y pues me oye
vuestra alteza, invicto rey

de Navarra, aunque le enoje
mi atrevimiento, disculpe
yerros que son por amores.
Doña Blanca soy, infanta
y hermana suya, a quien ponen
en esta ocasión desdichas,
y en este traje temores.
Entre unas soberbias peñas
que de un elevado monte
coronan verdes lentiscos
y ciñen ilustres robles,
hay un campo en quien el cielo
dilata un espeso bosque,
siempre albergue de las fieras,
siempre imagen de la noche;
donde a caza llegué, cuando
tiernos lamentos se oyen,
que enternecieron las peñas,
que penetraron los montes.
Matizaba el verde suelo
no el tirio carmín de Adonis,
que más compasiva sangre
daba en Abel tiernas voces.
Hallé herido otro Medoro;
si más gallardo y más noble,
otra Angélica lo diga,
que alguna debe este nombre.
Preguntele enternecida
con lágrimas, que me oye,
al Cielo si estaba muerto,
y «muerto» el eco responde.
Con el alma propia mía
le di la vida, y pagome
con matarme; pero ¿a quién
no pagan así los hombres?
Ya sabrás, Violante hermosa,
que estas son deudas del conde
de Urgel, a quien castigaron,

justos o no, tus rigores.
Que pudiera ser tu esposo
publica quien le conoce,
y quien merece ser rey
no humilla las presunciones
de una infanta de Navarra;
creció mi amor, conociole;
mas no olvidó tu hermosura
entre mis obligaciones.
Alabola en mi presencia
con mil extremos; partiose
a verte, supe quién era,
que celosas ocasiones,
temor de sus alabanzas,
si no amor de sus valores,
guardada desos criados,
y escondida en este nombre
me traen siguiendo sus pasos,
y mientras no me conoces
quise, fingiendo contigo,
asegurar mis temores
con tus verdades. Vi ahora
entrar en tu tienda al conde,
a quien me dicen que buscas.
Si con nuevas sinrazones
vuelves a ofender su vida,
en mí hay valor que lo estorbe;
si quieres que sea tu esposo,
y a mi hermano le antepones,
más me debe a mí que a ti,
y ha de ser mi esposo el conde.
Perdonad, reina, y el rey
que me escucha, me perdone;
perdone el rey de Castilla,
que antes que mi mano tome,
daré mi vida a esta espada.
Del conde soy, rico o pobre,

muerto o vivo, libre o preso;
mi firmeza amor corone.

CONDE A tus pies, invicto rey,
pone su cabeza el conde
verdadero, no fingido,
atrevido en tus favores;
derríbala de mi cuello
si te enoja que me honre
con honesto amor la infanta,
si no consientes que adore
su deidad el alma mía.

REY Levanta del suelo, conde.

REINA ¡Grande amor!

REY Y gran disculpa.

Vete de aquí, no provoques
a mayor rigor mi enojo,
que ya que no sean traiciones
a su lealtad, a los reyes
los engaños de los nobles
parecen género dellas.

Vase el conde, y sale Ricardo.

RICARDO Ya quiere el Cielo que logre
mis altivas esperanzas.
Ricardo, señora, goce
el bien merecido premio
que le ofrecéis: del vil conde
de Urgel traigo la cabeza.
Si tus promesas conoces,
y siendo ley tu palabra
te obliga, nadie se opone
a mi valor: justamente
soy ya tu esposo.

Sale Nuño.

NUÑO Tu nombre,

tu palabra y mi osadía
aumentaron mis valores,
gran señora, y por servirte
busqué al atrevido conde
de Urgel. Supe que servía
al rey de Navarra; diome
atrevimiento dichoso
la oscuridad de la noche
para llegar a su campo.
Pasé por sus escuadrones
con secreto hasta su tienda
con diez soldados, adonde,
descuidado don García,
estaba durmiendo entonces.
Prendile sin resistencia,
y con recato sacole
de entre las tuyas mi escuadra;
si fue deslealtad, perdone;
preso le traen mis soldados.
Cumple tu palabra, y goce
Nuño tu mano y sus dichas,
pues mi nobleza conoces.

REINA Tráele, Nuño, a mi presencia.

NUÑO Presto estará en tus prisiones.

REINA No niego yo mi palabra;
mas no sé qué medio tome,
puesto que un conde os pedí,
y me traéis tantos condes.
Uno ha de ser caballeros,
mi esposo; las pretensiones
de tres no es posible ser
todas juntas y conformes.
Una ha de ser verdadera:
esa admito; llegue y cobre
su deuda el rey de Navarra,
que él solo me entrega al conde.
Llomalde, porque su alteza,
pues le perdona, le honre.

Salga el conde.

- CONDE Humilde vuelvo a tus pies.
REINA Quien se atreve, no se enoje.
Ricardo, aquí está García;
tú, Nuño, bien le conoces,
y yo, vuestros falsos pechos.
CONDE Heroicos reyes, traidores
no han de quedar sin castigo.
Dadme licencia.
REY Perdones
con el deste alegre día.
RICARDO Conde, mi yerro...
CONDE No tornes
a ocasionar mi paciencia.

Sacan dos soldados a Sancho.

- SOLDADO Aquí traigo preso al conde.
SANCHO ¡Qué conde o qué calabaza!
¿En esto para en la Corte
el que trueca a sus engaños
las quietudes de los montes?
CONDE ¡Sancho!
SANCHO Parece que sueño.
NUÑO Corrido estoy; engañome
mi atrevida confianza.
REY Todo el Cielo lo dispone.
Conde de Urgel, vuestra estrella
dichosa, vuestros valores,
que a mí me inclinan a amaros,
me obliguen a que ya abonen
justos yerros de la infanta:
dalde la mano.
CONDE Coronas
tu frente de laurel sacro.
DOÑA BLANCA Venturosos siglos goce
vuestra alteza tal esposo.

REINA Y vos, la vida que el conde
os debe para serviros,
a quien pido que perdone
mis rigores engañados.

SANCHO ¿Y qué hay de Sancho? ¿Quedose
por entrar con tantos reyes?
Servir siempre, y siempre pobre:
ya es cosa vieja en palacio.

CONDE A mí es justo que me toque
tu premio, y yo te lo ofrezco.

SANCHO Dios te libre de traidores.

CONDE El nacer con buena estrella,
Sancho, en todas ocasiones
es defensa en los peligros
y mérito en los favores.
Si esta comedia la tiene,
se verá en los que la oyen,
perdonando nuestras faltas
y animando mis temores.